

Enrique Arnaud Blum



**EXTRA-
VAGANTE**

Extra-vagantes

Enrique Arnaud Blum

2016



Derechos reservados
©Editorial Avispero, 2016
© Enrique Arnaud Blum
© Diagramación: Daniel Hernández
© Ilustración y fotografía: Gris Cuevas

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra bajo cualquier medio o procedimiento.

Se terminó de imprimir y encuadernar en los talleres de
Docuprint Servicios Digitales de Antequera S.A.de C.V.

Impreso y hecho en Oaxaca

A mi padre celestial, a mi padre terrenal
y al Colectivo Avispero

Denver

Me acordé de una chava que me presentó Rebeca, mi amiga mexicana de la universidad. Me invitó a un baile de salsa de puros latinos y me presentó a esta chava, a Denver. Nos caímos bien y salimos al siguiente día. Ella era de Denver, Colorado. Es la mujer más guapa con la que he estado. Era impresionantemente guapa. Tenía el pelo castaño corto, excelente cuerpo, ojos azules hermosos, tez blanca, muy linda. Era como *white trash*, pero quería aprender, conocer. Era muy linda. Le gustaba el hecho de que yo fuera de otro país. Le encantó haberme conocido en una fiesta de salsa entre puros guatemaltecos y salvadoreños, porque ella nunca había estado en un lugar así en su vida. Nos gustamos mucho y empecé a relacionarme con ella. A mí me sentó muy bien porque yo iba a la escuela en la mañana y en la tarde trabajaba en un restaurante italiano. En esa época hacía frío, estaba lloviendo, estaba por mi cuenta y era muy joven. Tenía veinte años. No tenía amigos y dormía solo en mi departamento.

En el edificio donde vivía se escuchaba que la gente de arriba de mi habitación tenía sexo; tenía veinte años y no había tenido nunca una relación sexual, puros fajes pero nada de relación sexual. Ese rollo me daba un poco de miedo, y me dije: “A mi edad, solo en esta ciudad, real-

mente necesito conocer a alguien que se duerma aquí, en mi cama”. Fue algo chingón con ella. Nos vimos durante tres o cuatro semanas. No teníamos relaciones sexuales, pero sí mucho contacto físico. Ella se quedaba en mi cuarto, en mi cama, conmigo. Pero cuando ya me estaba clavando y ella también, cuando ya íbamos a hacer el amor, se puso a llorar y me dijo: “Te tengo que decir algo. Cuando vivía en Denver me violaron unos tipos y me infectaron gonorrea, tengo una enfermedad venérea muy dura y no podemos hacer el amor a menos que te pongas un condón”. Yo no tenía condones y se me quitaron las ganas de hacerlo completamente. Fue una desilusión tremenda que me haya dicho eso en el momento más importante de nuestra relación. No me porté mierda, pero no hicimos el amor. Nos seguimos viendo y se seguía quedando a dormir. Después hubo un momento en el que todo cambió. La dejé de ver una semana y ella no se reportó, nunca me llamó.

Iba en un autobús cuando de repente la encontré toda madreada. La vi toda puteada, con los dos ojos morados. Le pregunté qué le había pasado y me dijo que la había madreado su *pimp*, o sea su padrote. Y yo dije: “¡Wauuu...! Aparte de la gonorrea y de la confusión de no saber quién eres, aparte eres una puta con padrote y toda la cosa”. Y me dijo: “Sí, te quiero invitar a donde trabajo. Es un “*Table dance*. ¡*Sugar*...!””, exclamó contenta. Me pidió que le diera un tiempo para que se repusiera de los golpes y para

ponerse guapa. Después de un mes le hablé y le dije que le iba a caer en su chamba. Le dije: “No porque tengas una enfermedad venérea vamos a dejar de ser amigos”. Fui al lugar y salió a hacer su *show*, ¡impresionante! Su chamba la hacía increíble. Al terminar de bailar vino a sentarse conmigo y me dijo: “Mira, tengo que ir a ver a un cliente”, y me señaló como a treinta coreanos que estaban con un empresario muy bajito, un enano de corbata y saco al que llevaban para que se lo cogiera. Le hacía un *show* en una sala y luego lo pasaba a un cuarto. Ahí se desnudaba y empezaba a hacer sus cosas. Y ya.

Lo más curioso de Denver era que tenía un montón de dinero porque la buscaban los asiáticos, sobre todo los raros, chiquitos, jorobados y feos. La última vez que la vi, yo iba en un autobús y ella estaba en la calle discutiendo con un negro. Tenía puesta una chamarra y una minifalda, las piernas las llevaba todas raspadas y llenas de moretones. Su apariencia era terrible. Otra vez toda puteada, con un ojo morado y discutiendo con este hombre negro de dos metros y con rastas. Esa fue la última vez que la vi. Aun así, los días que estuve acurrucado con ella en mi casa fueron tiempos que recuerdo con felicidad. Fueron momentos muy lindos.

Vacaciones

Gilberto Gallardo se levantó muy temprano, y así tenía que ser si de verdad quería salir de vacaciones. Su cama matrimonial se enfriaba del lado que nadie ocupaba. Estiró un pie para encontrarse con Miao, su única compañera, la más fiel de las gatas negras. “Mejor solo”, pensó, “no necesito a nadie si tengo mi dinero y a mi gata. Si algún día consigo una mujer, una mejor que la que tuve, tendrá que querer tanto a Miao como a mí. No podría estar con una mujer que no quiera a los gatos, no podría estar con una pendeja que diga: no importa que se salga la gata de mi novio y que se la coman los perros”. Se puso las pantuflas y aún nublado por el sueño caminó hasta su cafetera-despertador que ya tenía listo su café favorito. Somnoliento se tocó los huevos, se desvistió y se bañó. Miao y su taza de café lo esperaban para el ritual de la rasurada matutina. Vestido, bien rasurado y con Miao en el regazo esperaba a que Tobi pasara por él.

“Fin de semana en la costa, ¡qué hueval!, con todos los pendientes que tengo: lavar la ropa, limpiar el patio de los perros, tirar la caminadora a la basura, terminar de armar el ropero, la contabilidad de la empresa, la tesis, disculparme con la tía Isaura por no llegar a su desayuno, invitarle su helado prometido al Loco Kiurs; ¡puta ma-

dre, la tesis!”, pensó. Tantos pendientes como para tener una crisis de ansiedad generalizada. Sonó un claxon, ahí estaba Tobi listo para salir. Vio su maleta y sintió la más grande pereza, pero después pensó en las tetas de Bombón y sintió latir su glande como un pequeño corazón. “¡Al diablo todo!”, ese sería un fin de semana en la playa.

Tobi estacionó su Jeep junto al crucero del aeropuerto y Gilberto Gallardo se asomó por la ventana para comprar un poco de fruta a una señora. Sudado y desesperado Gallardo se bajó del coche para ver si veía venir a lo lejos a Bombón y, efectivamente, justo en ese momento vio que subía el puente peatonal desde el otro lado de la calle. A medio camino sus miradas se encontraron. La cara de angustia y tedio de los dos cambió por una sonrisa. La pelvis de Gallardo se enderezó y Bombón, que brillaba morena con su vestido blanco, sintió que el aire del tráfico de los coches —un vientecillo de miradas masculinas— la recorrería. Hizo un inventario veloz en su mente y sí, se había depilado muy bien todas las partes que debía depilar. Ya más de cerca y con la sonrisa de fuera, Gilberto Gallardo abrió un poco la boca para respirar. Sin darse cuenta cómo, y viendo las rodillas desnudas de Bombón, tuvo la imagen exacta, como si tuviera vista de rayos X, del bonito mechón de pelo negro que la jovencita había salvado en su pubis. “Hubiera traído a Miau”, pensó Gallardo. “Hubiera traído todo el amor que me hace falta”. Y esa idea se le transfor-

mó en un hueco en el estómago. Abrazó a Bombón y le preguntó si ya había desayunado... Y los dos confesaron morir de hambre.

La carretera sube y baja. Subes a la niebla de la montaña y estás en otro país, bajas al valle y la riqueza de los sembradíos llena de sueños la imaginación. Subes otra vez a la punta del cerro más alto y el frío te envuelve de forma tan apacible que pronto detectas que no es más que un gesto juguetón y fuera de lugar de la naturaleza, porque luego bajas a la selva líquida y deliciosa. El calor y la humedad llevan flotando el Jeep de Tobi hasta las sabanas de la costa. Hectáreas y hectáreas de palmeras sembradas, quizás un poco de cacahuete y ajonjolí en los extremos del terreno, una poza natural, un estanque, y si hubiera una ciénaga seguro llegarían los patos. Un sueño. Pero el Jeep de Tobi sigue de largo hasta llegar a la zona en donde existen servicios turísticos *Okey*.

Ahora, después de un viaje lleno de aromas de las especias del camino, el olfato de los tres amigos se va mezclando con el olor a pan recién horneado que le sale a Bombón de entre las piernas, que por haberse quedado dormida no advirtió el momento en que ese delicioso vapor tomaba el control de la atmósfera, y que sólo podía medio confundirse con la potente loción de licenciado agropecuario de Gilberto Gallardo.

Fue un alivio bajarse del coche y desprenderse de las esencias de la carretera. Bombón algo abochornada moriría por bañarse. Tobi sólo pensaba en ya estar borracho, y Gilberto Gallardo, con el estómago vacío, anhelaba llegar al famoso Café del Puerto para comerse una combinación de pan francés, tocino, papa *hash brown*, huevos revueltos con jamón, fruta, jugo y café.

Instalados en camastros junto a la alberca y con cierta vista al mar, miraban pasar a los turistas agobiados por el sol. Gilberto Gallardo tuvo que enfrentarse a una de sus peores pesadillas al llegar al Hotel Arcoíris y sorprenderse con la fiesta de cumpleaños del internacional DJ Mixe Rabioso, y lo que hubiera sido el sueño de muchos jovencitos adictos al cristal, se convertía en la pesadilla del pobre hombre de negocios. Pero al adentrarse en los jardines del hotel, ya resignado a tener que soportar la fiesta juvenil del caos drogadicto, se sorprendió al encontrar tan sólo a un puñado de señores y señoras asando carnes, fumando hierba y escuchando viejos clásicos de The Police: “¡Put on the red light...!” Gilberto Gallardo se alegró cuando le pasaron un *rib eye* término medio con muchas papas y una Coca-Cola de un litro y medio.

Tobi tiró las maletas en el cuarto, se tomó dos cervezas y luego otra más. A las tres de la tarde ya se encontraba desesperado por conseguir cocaína para ser como él sabía ser: rey y alma de la fiesta del DJ Mixe Rabioso. Y el DJ al

ver aparecer a los otros huéspedes del pequeño hotel no pudo más que contemplar las tetas de Bombón que bailaban al ritmo de ese *rock* de los años ochenta. “Amigos, por favor disculpen nuestro desmadre, sólo venimos a descansar, si nos quieren acompañar yo voy a pagar su habitación por todas las molestias que les podamos ocasionar, aquí hay comida y cerveza para todo el fin de semana”. “Muchas gracias, ¿no tienes coca?”, lo interrumpió Tobi. Y el DJ siendo simpático le explicó que la fiesta la organizaban sus amigos de la clase de yoga que sólo fumaban hierba. Tobi observó al resto de los invitados: puras parejas bien bronceadas y fumadas, y la adicción se le subió a la nuca para gritarle: “¡Consigue coca, sé el rey de la fiesta, harás un trío o algo mejor!” Con frialdad le tomó la mano a Bombón, pues era la más jovencita de la fiesta. Ella se bebió una cerveza, se quitó el pareo y dejó a los dos amigos comiendo carne para ir a comparar sus nalgas con las de las señoras. “¡Chamaca!, tienes que ir a la clase de yoga con nosotras, ese cuerpazo que tienes no te va a durar siempre. Anda, bébete otra cerveza”. Y Bombón tuvo la más cálida de las bienvenidas entre las señoras alumnas de la clase de yoga, que habían estado fumando hierba desde la mañana. Y una vez que la incluyeron en el círculo de mujeres... y después de que se terminaron todas las cervezas en esa alberca toda meada, alguien finalmente le ofreció un cigarro de mariguana a Bombón... Y las señoras cacareaban sobre

ropa linda, bolsos, zapatos excéntricos, escuelas privadas, fiestas llenas de derroche y los divorcios más sonados del momento, para después abordar el tema de las infecciones vaginales. “¡Uy!, a mí nunca me ha salido algo así”, pensó Bombón.

Bien comidos y algo bebidos contemplaban a lo lejos como el sol se ocultaba. Justo en el momento en el que el astro tocaba el horizonte, un vientecillo cálido y discreto se desató acariciando toda la naturaleza dormida. Las palmeras movieron sus alas y dejaron escapar algunas risas porque los cocos se les caían indiscretamente, las aves abrían sus picos para dejar que los rayos del sol los atravesaran para crear sombras en la playa, los granos de arena volaron por todos lados y la descuidada urbanización del pueblito turístico comenzó a desmoronarse ante el canto de las ranas que por las siguientes dos horas fue más retumbante que el romper de las olas.

Al entrar la noche el progreso del hombre se había borrado. Entonces Tobi somnoliento se acercó a Gilberto Gallardo para darle hierba. “Fúmate esto, a mí me pone muy idiota, yo lo que quiero es coca”. “Yo tampoco quiero”, contestó Gallardo, que sintió pánico porque nunca había probado la droga, y de hecho no le apetecía; porque para él sólo estaban bien las cuatro tazas de café que se bebía por la mañana, la cajetilla de Marlboro rojo que fumaba durante el día, el whisky de papá que se consentía con su

elegante salario y las borracheras vomitivas con los amigos del sábado por la noche. Sábado en la noche, ser el alma de la fiesta y ligarse a una jovencita hermosa como Bombón, y las tetas de la morena se movían en su imaginación, y al ir desnudándola en ese trance mental veía ese pubis negro y... sólo sentía que extrañaba cada vez más a Miau.

Cerró los ojos y una enorme tristeza lo sacudió, porque en ese momento tuvo la idea de estar solo, solo en el universo, solo como los muertos en sus ataúdes. Y supo que a pesar de estar gozando ahí, en algún lugar del futuro estaría muerto. Y entendió que en realidad estaba muerto en vida. Miró su fornido brazo derecho, orgullo de su facha. El hombro que le daba constancia de ser un adulto bien dado. Tocó su pecho, hueco del lado derecho y sintió cómo su abdomen perdía volumen. “¡Maldito trabajo!, ¡malditos pendientes!, más me valdría ahogarme en el mar y perderme en el azul de la nada, y ser sal por el resto de la eternidad”, pensó. Entonces su mano izquierda, molesta por los años de indiferencia se levantó con furia y aparentando cazar un mosquito fue a dar con toda la fuerza contra su frente, y, efectivamente, despanzurró un insecto, no sin darle una buena sacudida al melancólico hombre de negocios. Entonces la vio por primera vez. “¡Ah!, mi mano izquierda, es verdad que tengo una mano izquierda, una pierna izquierda”. Vio su antebrazo izquierdo, que no era el de un guerrero, ni su palma se parecía a la del labra-

dor que le hubiera gustado parecerse, y a decir verdad, su hombro izquierdo era algo afeminado. Nunca observaba el lado izquierdo de su cuerpo y ahora que lo veía tan grotescamente diferente a su lado derecho sentía pena de sí, y se supo un tonto, y por primera vez amó su lado izquierdo, no por ser parte de su cuerpo, ni por considerarlo hermoso, sino por lo diferente que era de su lado derecho. Cerró los ojos y deseó ser todo su lado izquierdo. Su corazón latía con fuerza.

Bombón se le acercó justo cuando las palmeras de enfrente comenzaron a sacudirse. Algo extraño pasaba. Una sombra. Y Bombón le tocó el hombro al empresario. “Mira”, y señaló las copas de las palmeras. Una criatura bajaba lentamente a la tierra, al llegar al suelo se sentó en sus dos extremidades traseras y se irguió. Alargó su trompa olfateando y dejó que sus ojos se encontraran con los de Gilberto Gallardo, que muy exaltado se levantó del camastro gritando “¡no mames!, ¿qué es eso?” Bombón en bikini movió contenta sus tetas porque sabía que sólo era un bonito *cacomiztle*.

El animal sintió el instinto de sabueso de Gallardo y rápidamente subió a la palmera para perderse en el mundo de las copas de los árboles del Hotel Arcoíris. “¡Era un gatote!”, dijo Gallardo, pero Bombón le dijo que era un *cacomiztle*. “Una especie de gato salvaje con hocico alargado, patas traseras como de liebre y cola de mapache. Se mete

a robar pollos, o en este caso, basura. No hacen nada, pero son muy entrometidos, y si los tratas de agarrar pueden ser muy agresivos”, dijo Bombón. “Qué bonito es, seguro sería un gran amigo de Miau”, pensó Gallardo. “Vamos a tomar una cerveza”, sugirió Bombón. Y el empresario encantado dejó el camastro de la tristeza para tomar algo refrescante a la vista de sus ojos negros predilectos.

Cansados de la carretera, del sol, del humo satánico que no paraban de exhalar las amigas señoras de DJ Mixe Rabioso, tan sólo pudieron tomar unas cuantas cervezas antes de confesar que se morían de cansancio, en especial Bombón, que no estaba acostumbrada a fumar esa hierba que tanto la hacía reír y que ahora la tenía sumamente aletargada. Brindaron el último sorbo de cerveza y se encaminaron a la habitación en donde Tobi roncaba plácidamente gracias a dos potentes somníferos que le habían regalado para compensar la falta de cocaína. El aire acondicionado era un oasis lejos de los mosquitos.

Mientras Bombón se ponía su pijama en el baño, Gilberto Gallardo salió a la terraza del cuarto para poder ver la luna llena reflejada innumerablemente sobre los pliegues del mar. Y esa luz sobre el agua formaba una serpiente plateada que se levantaba ante Gallardo y se enroscaba en su cuerpo para sisearle al oído: “Ya estás muerto, salvo por esta noche. Goza, mata, destruye y goza... como un lobo. Esta noche es tu mundo, el único que existe”.

Se desnudó, quedando en sus famosos *boxers* con dibujos de cerezas frente a Bombón, que apenas si cubría su voluptuoso cuerpo con un par de prendas. Ella se acostó en la cama vacía. “¡Ah caray!, sólo hay dos camas”, pensó. Gilberto Gallardo no había meditado sobre ese detalle y ahora que tenía que acurrucarse en algún lugar para descansar, incómodo se acercó junto a Tobi y Bombón lo miró como lo hacía Miau antes de dormir, y él la miró también. De repente, sintiendo la presión de la naturaleza, Gilberto Gallardo dijo: “Bombón, déjame dormir en tu cama por favor, no quiero dormir junto a este güey. Por favor, te prometo que te voy a dejar dormir...”, y Bombón lo interrumpió haciéndole un hueco en la cama. “¡Claro, claro!” Y no se dijeron nada más. Los tres amigos dormían, pero antes de cerrar los ojos y caer profundamente dormido, Gilberto Gallardo sonrió en la oscuridad.

Mientras tanto el *cacomiztle* andaba como loco entre los árboles y techos, hasta que Yogurt, el gato más caro, gordo y viejo del Hotel Arcoíris le dijo: “Habitación 304”. Y el *cacomiztle* salió disparado rumbo a la habitación. El gato patriarca, acompañado de cuatro gatitos abrieron la puerta del balcón para que entrara. “Listo, date vuelo y si puedes tráenos un regalo”. Y otra vez el brillo de la noche iluminó a los tres amigos, pero más a Bombón, que se volvía dorada al contacto con la luz de la luna.

El *cacomiztle* casi sufre un ataque de epilepsia al ver la poca ropa con la que la morena dormía. Tras sentir el calor que emanaba de la habitación se paró en dos patas, abrió la puerta del balcón por completo y caminó hasta la cama. Bombón movía sus pechos rítmicamente con su respiración. Los ronquidos de Tobi confundían los ruidos... y el olor del hornito que Bombón tenía entre las piernas, que a esas horas comenzaba a tomar leña para el siguiente día, invadía el lugar. El animal recogió los chinos de la morena y los dejó correr entre sus garras. Besó sus pestañas y le acomodó el mentón para descubrirle el cuello que ahora lamía, mientras que con su largo rabo le acariciaba todo el torso hasta perderse en su ombligo. Entonces Bombón jadeó por primera vez y alzó los brazos hacia la cabecera. “Qué negras tengo las axilas”, pensaba siempre que dejaba pasar su depilado uno o dos días. Ya excitadísimo se decidió a bajarle el pequeño *short* con el que dormía. Entonces Bombón jadeó por segunda vez, pero ahora, tras sentir el forcejeo con su ropita de dormir abrió los ojos. El *cacomiztle*, al notar como la morena volvía en sí, sólo atinó a esconderse en el primer rincón que tuvo a la mano. Bombón al despertar se encontró con las tetas de fuera, con el calzón abajo y con un animalito de pelo negro escondido entre sus piernas. “¿Será mi coño?”, pensó, y atribuyó esas orejitas blancas y el curioso hocico del animal a su sueño y a la mucha hierba que

había fumado durante el día. Pero sobre todo la tranquilizó sentir a su lado, durmiendo plácidamente, al montón de hojas secas que era Gilberto Gallardo. Así que entre sueños sólo se acomodó su pijama y siguió durmiendo. Soñaba una fantasía grotesca en la que era devorada por una manada de lobos.

De esa forma pasaron la noche, hasta que antes del amanecer Yogurt comenzó a llamar al *cacomiztle*. El gato gordo tuvo que ayudarlo a caminar fuera del cuarto ya que la criatura impresionada de tanta pasión había perdido la fuerza de su felina complexión. Una vez en el tejado Yogurt juzgó de primera el olor a pan que su nuevo amigo traía impregnado a su pelaje, y junto con sus cuatro pequeños ayudantes siguió examinando la piel del animal hasta rescatar cinco vellos púbicos.

En la mañana Gilberto Gallardo dejó la habitación en donde Bombón dormía profundamente hasta babear. Aún sin su primera taza de café le preguntó al recepcionista por el nombre de los gatos. “Al amarillo gordo, todos le decimos Yogurt, pero la señora Silvia le decía un nombre en inglés”.

“Yogurt, querido, esta mañana te voy a traer un regalo”. Y Gilberto Gallardo se fue caminando hacia la playa principal con la intención de comprar a los pescadores locales un buen atún. Porque nada hacía más feliz al empresario que consentir a los animales.

El otro Bombón

“Más me valdría estar en un estado de total ensoñación, en otro plano, y volar de esta realidad. Así, sí que podría ensayar y componer y ser exitosa, y ser quien quiero ser, sin depender de nadie. Me enamoraría a cada momento y estaría completa. Podría envejecer y ser una reina. Pero alguien tiene que pagar la renta, limpiar la casa y ahorrar para el salón de belleza y el depilado. Y si falto a la clase de yoga de mierda me pongo más gorda, y algo que no voy a hacer es dejar de desayunar, comer y cenar como me gusta. Tampoco voy a dejar de tener la ropa bonita que tengo, ni a faltar a la cervecita del jueves y el sábado. ¡Oh!, si tuviera un papá millonario que fuera un estúpido que cumpliera todos mis caprichos, o un novio digno de mí, adinerado y estúpido. ¡Dios!, ¿por qué siempre me enamoro de patanes sin un peso? ¿Por qué cuando fui princesa no viajé más?, o ¿por qué cuando viajé no me quedé en un lugar mejor? ¿Por qué tengo esta debilidad por mi casa, la capital del hambre? ¡Diablo! Fui la princesa del hambre y ahora soy el fantasma del hambre”.

Finalmente Claudia Banfield tomó su flauta y se dispuso a ensayar esa creación suya que, por no encontrarla bella, llamaba contemporánea. Tocó las primeras doce notas

que imitaban el canto de un pájaro que escuchaba en las mañanas y que le daba algo de sentido a la canción. Al tocarlas por primera vez, inundaron la casa con un polvo casi transparente que ella sintió en las pestañas y que provocó que se interrumpiera. Así el espacio quedó con esas doce primeras notas. Y buscando concentración, volvió a empezar de nuevo, esta vez con tanto brío que desafinó.

Bajó el instrumento con hastío y fue que notó a la gata negra que se metía por la ventana de la cocina. ¡Qué mejor pretexto para abandonar la hora del ensayo que venía posponiendo desde la nueve de la mañana! Al mover el atril para dejar la flauta sobre la mesa, vio su hermoso trasero en el reflejo de los ventanales de la casa, lo que ella consideraba su dejada figura y sintió pena de sí. “Bueno, seguro que una princesa no soy”, se dijo, y un fuerte eructo animal le hizo recordar los cuatro huevos estrellados con tocino, la hogaza de pan con mantequilla y las tres tazas de café que había desayunado. “Válgame”, exclamó llevándose la mano a la boca, y parando trompa de tristeza advirtió en el reflejo del cristal como sus cachetes formaban un par de líneas bien marcadas junto a su boca, dos arruguitas que no estaban antes ahí. “¡Ah, qué joda con la crisis de los treinta años!”, dijo en voz alta para tratar de ahuyentar a los fantasmas de su eterna insatisfacción. Y sí, al recordar los sermones de su primo Alejandro, el psicólogo que tenía la misma edad que ella, comenzó a sentirse mejor,

con más fuerza. Cuando finalmente alcanzó una sonrisa en la naturaleza del vidrio supo que, de no ser una princesa, seguro en ese momento era un hada, y mil carajos de preocupación saltaron de entre sus cejas, pues era justo el tipo de personas que detestaba. “¡Miau...!” le reclamó la gata negra que se impacientaba por el plato de leche que recibía en su visita del mediodía desde hacía dos semanas. “¿Una princesa?, ¿un hada...? ¿Qué tiene que ver con no poder ensayar ni cinco minutos la pieza que tú misma has compuesto?”, se dijo mientras le servía leche a la gata. “Es esta música que no termina por ser hermosa. Sí, la compuse y fui feliz; y sí, resulta tal y como me la imaginé, pero no es hermosa, y por lo tanto es un fastidio tocarla. Me pregunto qué tan jodido será sólo escucharla”. “Lo que es jodido es escuchar cómo te quejas”, contestó la gata negra adivinándole los pensamientos. “Pero no, eso no es posible”, y Claudia Banfield pensó que había tomado más café de la cuenta. Entonces con ímpetu juguetón se dispuso a retomar su ensayo.

“¡Escucha gatita!, escucha esta canción y dime qué opinas”, le dijo Claudia Banfield, porque la preocupación por el concierto del sábado la recorría al ver como la gata negra se terminaba la leche. Con nuevos ánimos volvió a tocar las únicas doce notas que eran hermosas en su canción. Y se detuvo fingiendo fastidio para sí misma. “¡Qué daría yo por poder ser quien quiero ser y además tener la

vida y las cosas bonitas que me gustan!” “¡Miau!”, dijo la gata satisfecha con la flauta. “Si no me dieran asco los ratones sería gata negra”, pensó Claudia Banfield. Y justo cuando tomó aire para tratar de ensayar una vez más su canción, escuchó que en algún lugar de su mente la gata le decía: “Para variar, ¿por qué no tratas de tocar algo que sí te guste?” Claudia Banfield sintió fuertemente que su coño se contraía, y sin hacer caso al fenómeno paranormal fue hasta la computadora y puso un vídeo de Pink Floyd, subió el volumen de sus potentes bocinas y la música de *rock* en verdad la emocionó, y deseó morirse de felicidad y burlarse de sus exnovios, sobre todo del pintor Tomás Palma, que de todos, era el más pendejo. En ese momento consideró que todas las buenas calificaciones de la escuela no servían para nada, porque era una forma en la que los adultos le daban el avión.

“¡A la verga todo, seré una bruja!”, dijo en voz alta, pero inmediatamente un susto la sobresaltó, pues discretamente la gata negra le había brincado a los muslos tomando el control de su regazo. No se atrevió a moverla por su negra belleza, ni a acariciarla —a pesar de la buena salud del animal, el hermoso pelaje y la falta de pulgas que la convertían en la confiada mascota de Gilberto Gallardo—, porque fue más su falta de costumbre a los gatos que, según ella, le daban un poco de repulsión.

Reacomodó su postura en su cómodo sillón de lectura y cayó en un profundo sueño, y al terminar la música de Pink Floyd imágenes de la casa paterna llenaron su fantasía. Luego, olvidándose del tiempo y del lugar en el que dormía, escuchó cómo la música de la película *El padrino* llenaba la atmósfera, y fue tan clara la melodía que volviendo en sí, pensó que algún vecino se entretenía con las armonías, pero no se despertó. Disfrutando del fino calor peludo que la gata compartía en su regazo, decidió seguir paseando en sueños. Entonces esa música como de *El padrino* mutó al canto de un hombre (barítono) y una mujer (soprano mayor), que juntos hacían una grandiosa y bella canción con la que en sueños ahora recorría el jardín de sus abuelos. Vio que su perra Dogui, muerta hacía diez años, se acercaba a saludarla. Pero al momento en que le palmeaba la cabeza, ésta erizaba todos los pelos desde la nariz a la punta del rabo y le enseñaba las chispas de los colmillos, que fue lo que finalmente le hizo ligeramente despertar, tan ligeramente que aún podía escuchar la canción vocal que ella misma tarareó para darse cuenta que era la canción que había compuesto para su flauta. Que diferente sonaba medio tiempo más lenta e interpretada por estos cantantes. Se había vuelto una bella canción, y esa era la solución, y se sintió feliz, aunque le inquietó lo mucho que ahora su creación se parecía a “You Can’t Always Get What You Want” de los Rolling Stones.

El Loco Kiurs

Fui a ver a mi papá para decirle que ya estoy hasta la madre y que de plano me quiero ir de aquí. Dice que como ya voy a cumplir treinta años..., que ya estoy grande, y que me da cinco mil pesos. Agarré y que lo mando a la verga. ¿A dónde voy a poder ir con cinco mil pesos? Ya estoy hasta la madre, y que le devuelvo su pinche dinero y que le digo: “El funeral saldría más caro, ¿no?” Y que se queda con cara de pendejo. Así es toda su maldita familia, puros españoles sin huevos, pero eso sí, se sienten bien franquistas los pendejos. Pinches españolitos de provincia idiotas que nunca hicieron cosas de huevos en su vida. Ya quisieran ser como los nacionalistas españoles que adoraban a Franco. Esos güeyes destruyeron a los republicanos a base de muchos huevos y mucho dinero, y eso es lo que estos pendejos no entienden. Pero eso sí, se creen muy chingones porque el General Francisco Franco le entregó las llaves de la ciudad a mi bisabuelo, y esas llaves las tiene el puto de mi tío Baldomero. Todos dicen que es una mamada, pero yo sé que las llaves de la ciudad sirven para recibir a gente importante, y si no me creen, pregúntenle al puto de Baldomero por qué no me las quiere dar. Yo sólo quiero que me den las llaves de la ciudad y el reloj de mi abuelo, que tampoco me quieren decir en dónde está.

Lo único que pude recuperar después de la muerte de mi abuelo fueron mis revistas *Proceso* que hablan del Subcomandante Marcos. Mi hermano me las devolvió. También me devolvió mis revistas sobre el narcotráfico, pero esas mejor las tiré porque me estaban pudriendo el cerebro.

El narcotraficante que más admiro es “el Chayo”. Él se convirtió en el hombre más peligroso del mundo porque tenía un chingo de dinero y comenzó a hablarle de Dios a la gente. El día que se despojó de todas sus pertenencias materiales y comenzó a recorrer Michoacán, Biblia en mano, junto a sus doce discípulos, fue cuando Estados Unidos dijo “no más”. Al güey lo intentaron asesinar con dos helicópteros tipo Lobo del Aire, pero tantito escondió la cabeza se les peló a todos.

Ya te dije que lo que quiero es formar una organización tipo Los Arellano Félix y reclutar al Subcomandante Marcos para tener un pedo tipo las FARC de Colombia. Hasta podríamos reclutar a niños, como le hacen esos güeyes, para que le pongan su clavel rojo en la frente a Ulises Ruiz y al puto de Sergio Castro. Por eso voy a decirle a mi papá que me apoye para irme a Australia a recibir entrenamiento *ninja*. Pasaría toda la tarde surfeando en el mar, y en las noches fumaría un *joint* con una novia rubia. Regresaría con una zeta enorme tatuada en el brazo y entonces sí que

habría baños de sangre. Así es, en el Cártel Dientes de Sable todos los integrantes van a tener que adorar al Dios que vive dentro de las rubias, y cada miembro de mi organización va a tener que comerse el ciclo menstrual de una rubia que se le va a asignar en su ritual de iniciación. Esos son los baños de sangre que plantearía mi organización. Para que los hombres demuestren que son hombres y que sí les gustan las mujeres.

No me voy a ir, que se vayan los mayates, comienzan las lluvias, ha llegado el tiempo de los feos. Y que se vayan a la verga. Yo, con las llaves de la ciudad y el reloj de mi abuelo tengo suficiente para chingarme a todos. Lo que no voy a hacer es trabajar hasta que se aclare bien mi situación, porque yo sé que me quieren matar. El otro día fui a pedir trabajo al Café Rampante. Estaba hablando con el encargado cuando vi claramente como una bala calibre 22 se alojaba en la recámara de un arma. Lo vi en mi mente, lo vi muy clarito, y supe que esa bala era para mí, y entonces dije: “¡No, se van a la verga! ¡Yo no voy a trabajar!” Y que mando a la verga a mi papá: “Tú no tienes huevos como el General Francisco Franco, tú y todos los franquistas de Oaxaca son unos putos”.

Si yo me acuerdo que cuando murió mi abuela, mi papá quería que nos fuéramos a vivir con él, y comenzó los trámites con los abogados y todo, pero mis hermanos y

yo lo mandamos a la verga porque preferimos vivir con mi abuelo, que era el que nos había criado. Entonces mi tío el Chiches de gorila viejo, hermano de mi mamá, fue a su oficina y enfrente de todos se las hizo de pedo a él y a sus dos hermanos. Si yo me acuerdo que Chiches de gorila viejo estaba súper emputado y destrozó la oficina. A ellos no los madreó nomás porque los muy putos corrieron a esconderse. Y así, no supe nada de mi papá durante veinte años, por eso, lo que no me dio antes que me lo dé ahora. Él ya sabe, y si no, que se vaya a la verga.

Lo malo es que Chiches de gorila viejo está en Monterrey y como ya es abuelito dice que ya no quiere meterse en pedos. Nada más dice que a ese güey que embarazó a Paty le va a partir su madre; ese al que le dicen el Tobi, a ese sí le va a romper la madre. A mí no me gusta meterme en pedos, pero el otro día le dije: “Oye, todos saben que el Tobi quiere conocer a la niña y ayudar con los gastos”. “¡No, no, no! Eso hubiera dicho cuando Paty quedó embarazada y no ahora, que se vaya a la verga”, me contestó. Así mejor, yo no me meto en pedos; que se vaya a la verga mi papá, que se vaya a la verga el Chiches de gorila viejo, que se vaya a la verga Paty, que es una puta, que se vaya a la verga el Tobi, que es un pendejo, y pues también que se vaya a la verga la niña, ¿no? Pero bueno, pinche Tobi, que no se preocupe más, cuando la niña cumpla quince que le compre un coche y ya, todos contentos.

Si me matan fue culpa de Ulises Ruiz y de Sergio Castro y de sus diputados. Regresaré de entre los muertos para poner música de Depeche Mode junto a mi cadáver... y que me entierren con mis discos de los Rolling Stones.

¡Vamos a bajar encapuchados a fusilar con puro “cuerno de chivo” y R-15 a un montón de gente y luego nos vamos a volver a ir al cerro! También quiero hacer un *performance* con Tobi y Chelo Parra fumando piedra. Quizá podríamos invitar a otros drogadictos buena onda. Yo podría recaer, pero sólo para el *performance*. Entonces, todos estaríamos en el Cerro del Crestón en una tarima de concierto bien empotrada en el campo. Sería con traje negro, camisa blanca y corbata negra, además de que cada quien tendría una de esas máscaras con forma de animales hechas de papel maché que venden en el mercado. Contrataría al cuarteto de Miguel Samperio y le pagaría bien para que se comprometa a comprar por internet las partituras del Chet Baker que le hacen falta. Seguro que si la banda de *jazz* se pone a chupar, también va a querer fumar piedra; así yo tendría dos puntos por cumplir. Uno, pedir ayuda al ejército para que el *performance* no se salga de control; dos, conseguir una buena beca en la Secretaría de Cultura para comprar unos diez mil pesos de coca tipo base. Así, en una tarima en medio del cerro estaríamos jugando dominó y fumando piedra al ritmo del cuarteto de Miguel Samperio, con el apoyo de la Secretaría de Cultura

y bajo el servicio *first class* del Ejército Nacional Mexicano. Y ¡claro que me tienen que instalar un micrófono para que Tobi y Chelo Parra digan sus razones de ser drogadictos y reciten sus poemas! Para que digan: “fumo para olvidar”; porque todos los adictos al *crack* que conozco son unos románticos, unos cursis enamorados que no soportan la vida sin la mujer que les rompió el corazón.

Verano

El verano no dio tanta lluvia como en otros años, el campo no terminó de prenderse y el viento trajo el aroma del otoño justo al comenzar agosto. “Pero si estas son las semanas de más lluvia”, pensó Omar Fabián mientras sorbía su café matutino y sus dos hijas terminaban los últimos detalles de sus moñitos tricolores. “¿Qué pasa con este verano? ¿Qué pasa con las lluvias?”, se preguntaba el poeta que amaba ver el campo, el cerro detrás de su casa, su jardín particular que sólo podía arreglar y atender con la gracia de la temporada de lluvias.

Al menos la impermeabilización y las reparaciones de la casa podrían aguantar hasta el próximo año, y eso era una bendición porque él no era un arquitecto responsable, ni un buen albañil, ni tenía el dinero para pagarle a un experto, y en su limitado conocimiento, pero gran imaginación, había sorteado las peripecias de construir su casa sin saber bien cómo. Ahora, cada temporada de lluvias la casita se ponía a prueba, en especial contra el lodo de piedras que se desgajaba del cerro y que se acumulaba contra la pared posterior de la vivienda. Omar Fabián sabía que la casa no resistiría así para siempre. Las filtraciones ya eran una realidad, y aunque no representaba una incomodidad importante, ver su pared llena de huellas de humedad le

hacía pensar en los colchones meados del Albergue para Niños Maltratados de la Fundación Lic. Rodrigo Trujillo Romano. Y la pared del fondo simplemente no podía verse así.

Se sorprendió al ver a la vecina de diecinueve años que por alguna razón salía muy arreglada. A través de la ventana la vio más alta por los tacones que ahora usaba. “Un nuevo trabajo de secretaria en el gobierno, bonito final para el mejor promedio de la escuela”, pensó. “Si en verdad ella fuera feliz, si un cerdo adinerado no se la estuviera cogiendo con engaños, si regresara todas las noches a casa a tomar chocolate caliente con papá y mamá, le escribiría un poema. Un poema sobre encontrar un empleo mediocre, símbolo del desprecio hacia los anhelos adolescentes de una niña que, cuando era un ser humano inteligente, soñaba con ayudar a los animales”.

Se sirvió la segunda taza de café y se vio solo en su casa; entonces las carpetas del librero lo comenzaron a fastidiar, y la *Antología de poetas latinoamericanos* también le gritaba. En algún lugar estaba su pipa de poeta y su vieja computadora, la carcacha, que sólo servía para escribir y rogar mantenimiento. Así llegaba la hora en la que siempre pensaba en sus pendientes. Lo primero es la familia. Las niñas ya estaban en la escuela y esa tarde nada impediría que presentara a Amalia, la mayor, en su primera clase de canto. Porque la hija del poeta soñaba con cantar.

Después sería la casa. El próximo año repararía la pared que parecía colchón meado, sería en enero o febrero, eso era ya una decisión tomada. Y claro, sus pendientes literarios: el desorden del librero, las carpetas donde archiva sus notas y sus poemas de la calle, del vagabundeo cultural, de las tardes con los amigos, del corazón siempre roto, roto por conveniencia y a placer. Poemas y poemas maravillosos que no podían esperar para ser transcritos al papel por la carcacha, para luego ser puestos en un bonito engargolado que le permitiese cobrar algún premio nacional de poesía... Y entre todos esos papeles las carpetas más maltratadas y traqueteadas del librero guardaban los ejercicios y poemas del taller Sueños y mentiras que impartía los sábados a mediodía. Y ahí estaban todos sus pendientes juntos, porque ya era tiempo de cumplir y entregar los resultados de la beca que, más allá de darle de comer, lo metían en problemas y lo hacían lidiar con trámites burocráticos. Sesenta mil pesos no es nada, es medio aguinaldo de funcionario mediocre y Omar Fabián lo sabía muy bien. Incluso así se animó a pedir la beca, porque no contaba con que su gran amigo funcionario de cultura le descontaría la mitad del dinero. “¡No mames, Omar!, vas a dar un taller de poesía y luego vas a hacer un libro de fotocopias con fundas de cartón reciclado. Si no puedes hacerlo con treinta mil pesos es porque eres un pendejo y quedará demostrado ante todos con grandes taches en tu expediente.

No falles y entrégame bien las cuentas, porque esta beca es dinero de todos, es decir, que también es dinero mío y a mí no me gusta que me vean la cara. Con treinta mil pesos es más que suficiente para que hagas tu proyecto, así que hazlo y por favor sé un poeta feliz, entiende que el amor es más que lo que le metes y le sacas a tus novias, o ponte a trabajar, como yo, que me parto la madre en esta oficina de mierda. ¿Crees que yo no quisiera vivir como tú, despreocupadamente en el campo, sin trabajar, echando la hueva, leyendo y escribiendo poemas de amor, viendo las nubes, drogado desde las cuatro de la tarde?”

Treinta mil mugrosos pesos por dar un taller de poesía de tres meses en un centro cultural inventado para el proyecto y que subsistía gracias a que el poeta pagaba la renta, no eran nada. “¡Malditos pendientes, malditos!”, y el poeta enfurecido se levantó de la mesa listo para comenzar su día. Al menos contaba con el apoyo de su amigo el pintor Raúl Herrera, que se había comprometido a donarle un libro de cien *haikús* que había escrito en los noventas. Sería un éxito. Omar Fabián vendería trescientos ejemplares en las primeras dos presentaciones y transformaría la propuesta de su pequeña editorial a una más ambiciosa. Así, su amigo funcionario de cultura no lo estaría fastidiando.

El gran pintor Raúl Herrera tenía su libreta más grande extendida sobre la mesa, junto a los pinceles carísimos

traídos de su último viaje a Tokio y las tintas que le trajo su sobrina Dorotea de París. Incluso el negro era de un brillo especial que lo convertía en material para gran artista. Con algo de frío y aún somnoliento contempló su mesa de trabajo, era un banquete a punto de echarse a perder. Su casa era una bodega llena de libros, cuadros viejos, un piano y mil triques de otros tiempos y de otras gentes. La sala se juntaba con la cocina, que llevaba su desorden de cacharros desaseados hasta las habitaciones atiborradas de recuercitos, espejos, amuletos, ropa vieja, más libros y un montón de cajas de cartón que contenían el Archivo Raúl Herrera. Un desorden total que regresaba hasta la sala donde Alejandro dormía despreocupadamente; pues sin notarlo, la marea de tiliches había arrastrado su cama fuera de la habitación hasta la sala, y lo había dejado justo debajo de la televisión que el pintor prendió a todo volumen sin reparar en el sueño de su hijo, que de babear sonriente pasó al pataleo de la lucha por permanecer entre las tibias sábanas del sueño.

El perro del vecino ladraba y el caos de la casa se transformó en el ruido incoherente de la televisión. El gran pintor vio su mesa de trabajo y sus materiales, y en su mente comenzó a trabajar. Un paisaje de otoño lleno de flores de cempasúchil acompañado de hierba seca, nubes gloriosas y el cielo de una tarde de apocalipsis bíblico; un caballo o un toro que brinca en una playa a las seis de la

tarde y que escapa de un mar de sangre en donde unos niños juegan con pistolas de agua entre las olas, al cuidado de una yegua que fuma de una pipa tailandesa; una mujer desnuda como ninguna de las anteriores, como ninguna de sus exesposas; una mujer desnuda toda verijas y labios, y el negro de los huecos, como el negro de sus ojos húmedos y vacíos. Dedos cristalinos y pezones puntiagudos son el volumen y la gracia accidental de otra índole, porque el pintor sólo adoraba lo fatuo de las profundidades de la carne.

“¿Qué pedo, si vamos a ir de viaje?”, dijo Alejandro al abrir un ojo y encontrarse con su padre. Raúl alejó su mente de la pintura y vio su coche listo para el viaje estacionado frente a la casa y por un segundo pensó en sus pendientes, pero otra idea se le atravesó. “Tengo setenta y un años”, y esa cifra se impuso a cualquier pendiente. “¡A la verga todo!” Así resolvía la vida desde los sesenta y ocho años.

Las maletas estaban listas desde una noche antes, porque Alejandro sí que se moría de ganas de viajar con su papá. Soñaba con recorrer las antiguas ruinas de la civilización maya justo en su tan anunciado fin del mundo, y lleno de un ansia adolescente presionaba a Raúl desde hacía dos semanas con el viaje, y como al pintor le valía madres todo, no advirtió la tenacidad con la que su hijo llevó a reparar el coche, reservó hoteles, revisó rutas, seleccionó

música y organizó maletas para que el pintor no pudiera negarse. A Raúl no le importaba nada y desayunó contento con mucho café. Le valió madres su perro que se peleaba todo el tiempo con el del vecino y que necesitaba vigilancia especial, le valió abandonar a tres italianas guapísimas que llegaban esa misma tarde a hospedarse cotorramente entre el caos de su casa, le valió su deuda con el casero, con el comedor Aide's, con la tiendita de la esquina y con la compañía de luz, le valió madres la entrevista agendada el día miércoles para la televisión, le valió el reporte trimestral de la beca que lo tenía viviendo holgadamente, le valió madres el compromiso de impartir un curso de dibujo en la Escuela de Artes Plásticas en la costa de Oaxaca, pero ante todo y sobre todo le valió madres entregarle su libro de *haikús* al poeta Omar Fabián que se presentó a la puerta de la casa del artista sólo para encontrarse con la despistada ama de llaves que le dio la mala noticia.

Agente libre

Tobi se había vuelto más adicto al *crack*. Sus sueños eran imágenes de una vieja Navidad, la *premier* de Rocky, alguno de los campeonatos de Julio César Chávez, un buen partido de béisbol de cuando era niño. Y esos sueños se batían espumosamente al intentar soñar con mujeres, pues por un mal de amores se había vuelto adicto al *crack*. Cerraba sus ojos y sus sueños se derramaban antes de poder cristalizarse en cualquier idea clara. Y fumaba *crack*. Hasta que un día le entró una fiebre muy fuerte y rara. Al principio no pidió ayuda porque pensaba que de hacerlo lo presionarían para que dejara de drogarse una temporada. Y eso era lo que él no quería. “No hay bronca, ya se me pasará”, se dijo. Y aunque mejoraba día con día, los dolores de la fiebre no lo abandonaban. Entonces comenzó a cambiar, porque los efectos recreativos del *crack* no bastaban para hacer sentir bien a la estrella. Así pasaba cada momento de mal humor y comenzó a ser una persona toda de la verga. “Pero si yo soy buena onda, es esta puta fiebre, este maldito cansancio. Lo que necesito son unas buenas vacaciones, ¿pero cómo?”, pensaba Tobi. Y el pobre adicto miró de reojo su desgraciada realidad.

Hacía tres meses que era un fumador de *crack* normal. Todo lo que hacía era levantarse a las tres de la tarde, co-

mía abundante, se bañaba, se peinaba, veía la tele un rato o jugaba algún videojuego clásico, y a las ocho ya estaba checando *mails* y mandando mensajes para salir a tomar las primeras copas de la noche. A las diez ya llevaba dos mezcales, a las once, seis y tres cervezas. A las doce estaba borrachísimo, y esa era su hora de ir por *crack*. A veces se drogaba hasta las siete de la mañana, siempre lo más que podía. Pero ahora no tenía chance de tomarse unas vacaciones para poder recuperarse de las fiebres que lo tenían jodido, pues una serie de superfluas actividades ocupaban el espacio de su verdadera vocación: vivir bien y al máximo sin trabajar.

Primero abandonó el futbol. En el equipo había muchos jugadores, pero Tobi era el único que iba a todos los partidos, porque, como era adicto al *crack*, no tenía nada mejor que hacer. Así lo sabían los coordinadores del equipo que lo presionaban para jugar tres veces por semana. Lo obligaron a jugar con fiebre y entonces tuvo la revelación: “¡A la chingada con esto!, nunca voy a ser futbolista profesional y no soy una de esas personas que tienen *hobbies*”. Había hecho el equipo con los amigos para tratar de hacer un poco de ejercicio y así controlar más los vicios, pero cuando comenzaron a jugar mejor aumentaron los compromisos deportivos a tres juegos por semana. “Tres veces a la semana es lo mínimo para ejercitarte sanamente”, pensaban estos chavos, que nunca habían jugado futbol en su vida.

Antes no hacía nada, pero de repente un tío le consiguió un trabajo de huevón profesional en el Instituto de Educación Pública, contratado como policía auxiliar pero destinado a permanecer en las apacibles oficinas en bodega. Sólo tenía que ir a sentarse y leer el periódico de nueve a una de la tarde y recibiría ocho mil quinientos pesos mensuales, aguinaldo, seguro social y un crédito para comprar una casa. ¡Ahh...!, también tenía que ir a todas las marchas de protesta que organizaba el Sindicato de la Sección 22.

La decisión de abandonar la chamba fue fácil, simplemente no se presentaría más a la oficina, porque pensaba que a lo mejor no pasaría nada, y así podría seguir cobrando sin levantarse a las ocho de la mañana, que era la principal causa de su desprecio al mediocre puesto en el gobierno. “Esta no es mi vida”, pensaba el drogadicto al verse reflejado en la mirada matutina de sus compañeros obreros en el transporte público.

“Gerente del Café Rampante sería un empleo que hasta un adicto al *crack* podría hacer”, dijo el propietario. “Sólo necesito a alguien honesto y de mucha confianza, ¡y quien mejor que el viejo Tobi!” “Ahora sí carnal, te voy a cumplir tu sueño, te voy a pagar seis mil pesos al mes además de todo lo que te quieras tomar. Te necesito aquí a las ocho de la noche y te vas a las cuatro, a fumar *crack* si quieres”. Y Tobi, que era adicto al *crack* y que no tenía

nada mejor que hacer, no se pudo negar..., pero debido a las fuertes fiebres que le duraban ya tres semanas, llamó al señor Carpio para decirle que estaba hasta la madre de su negocio. “No me puedes hacer esto de golpe. Tobi, ¿a quién voy a dejar a cargo?” “Hazte cargo tú”, le contestó bruscamente antes de colgarle el teléfono. Rechazar al señor Carpio de esa forma no sólo significaba perder el empleo, también significaba “no más cervezas gratis”, que era realmente lo que él temía y la razón por la que había aceptado el puesto en un principio. Al quedarse solo esa noche, después de tantas madrugadas en compañía de sus tan valorados cómplices drogaditos, pudo sentir la paz reconfortante de lo que él interpretó como su “vida vacía”. Y esa paz se convirtió en el remordimiento de saber que su tiempo era un desperdicio. El desasosiego se estiraba como una mano destruyendo telarañas de mentiras por toda su conciencia. Lo soportó media hora. Antes de que dieran las once de la noche ya se encontraba manejando la música del Café Rampante con una cerveza en la mano. Sin disculparse de nada, reía feliz.

Despreciable

El doctor Palma no atendía consultas médicas ni compromisos profesionales los jueves. Regularmente ese era el día que dedicaba a sus pendientes personales, así que quedó con su hijo Tomás para comer en el restaurante italiano La Rizza. A las tres y media ordenó una cerveza. “Helada, la más fría que tenga”, le dijo a la guapa mesera que con el relampagueo de sus ojos negros atendía la barra y las cuatro mesas del salón principal. Muerto de hambre a las cuatro de la tarde telefoneó a Tomás, pero no le contestó. Pidió una pasta carbonara con camarones, el huevo crudo, tocino frito, el queso crema con parmesano y los mariscos: era una mezcla que le parecía grotesca, pero siempre que se moría de hambre fantaseaba con la singular carbonara de La Rizza. A las cuatro treinta volvió a llamar a Tomás. Nunca lo habían dejado plantado, además le sorprendía que Tomás no llegara a su ritual de comer gratis en un buen restaurante. Desilusionado y algo indigesto, en vez de irse pidió un café y agua mineral. El restaurante, inusualmente vacío, se había vuelto un pequeño teatro en el que los ojitos negros de la mesera hacían una sensual danza que el doctor Palma supo disfrutar discretamente y encantado de la vida. A las cinco y media recibió una llamada del doctor Garibay.

Su hijo Tomás tenía veintisiete años, era un vago mariguano y mezcalero. Decía ser pintor y se ganaba la vida como podía. En el medio local era conocido como un simple oportunista. Le vendía cuadros a su papá, a los amigos de su papá y a uno que otro amigo suyo. También impartía un taller de pintura en su casa, el cual estaba integrado por sus propios amigos del mundo de la fiesta. La clase de pintura en realidad era un reventón reprimido en el que pintaban un poco antes de comenzar a drogarse con lo que a cada quien le hiciera vicio. Así conoció a Tobi, el medio de contención de su equipo de fútbol, que originalmente era adicto al *crack* pero que desde la navidad pasada gustaba más de lo que él llamaba “su vitamina”.

Tobi preparó la dosis de *speed* y se la dio a Tomás Palma, que fumó de la lata de cerveza que estaban usando a manera de pipa. Inhaló fuertemente una sola vez porque el sabor le pareció desagradable. Entonces el *crack* lo golpeó, y se paró a contemplar el cuadro que estaba pintando esa mañana. “Quisiera que fuera una cajita musical”, pensó el pintor, y un frenesí de palabras de drogado salieron de su boca hacia Tobi, que ya en su trance le contestó otras estupideces. Volvió a contemplar el cuadro y comenzó a sentirse muy mareado. Se recostó en el sillón y le dijo a Tobi que se sentía mal. Los cuatro expresos y el Marlboro rojo que se había desayunado antes del tanque de *speed* se revolvían en su estómago, pero no tenía

ni la fuerza ni la concentración para vomitar. La mañana se había vuelto calurosa. A lo lejos se escuchaba cómo las céntricas calles que rodeaban la casa taller del artista comenzaban a desquiciarse con el tráfico del mediodía.

Tobi tomó la lata, colocó otra dosis, inhaló fuertemente y comenzó a angustiarse. Su ligera práctica médica de fisioterapeuta le daba énfasis a sus diagnósticos, pero fue su experiencia de drogadicto la que lo previno. De su chamarra sacó las mentas que le habían regalado en los tacos la noche anterior, y sin pensarlo le metió un par a Tomás en la boca, que ya no hablaba y que en su lunática palidez sudaba como si hubiera corrido diez kilómetros. Tobi se preparó otra chinchilla de *speed*, fumó y pasaron diez minutos. Se paró para checar el pulso de Tomás, pero no lo encontró. Tobi, que ahora trataba de encontrarle la mirada dijo: “Mira, no te asustes, no va a pasar nada, vas a estar bien, pero tenemos que ir a un hospital”. “Mmm... no”, se quejó Tomás. Entonces Tobi le puso otras dos mentas en la boca y se preparó otra bolita de droga. Tomás se acomodó de lado y llevó sus rodillas contra el pecho, quedando en posición fetal, y un fuerte cansancio se le impuso a cualquier malestar, y sintió que se iba quedando dormido. Después despertó con energía y vio que Tobi seguía fumando *speed*, lo que hizo que las náuseas le regresaran por un momento, pero rápido buscó en el cajón de la cocina el *joint* que ya de por sí tenía hecho para contrarrestar los

efectos de los cuatro expresos que se había desayunado. Y se lo fumó. El mareo y el miedo de verse tan enfermo se le quitaron por completo, y con la tranquilidad de las últimas fumadas de su cigarrito puso el disco *Exiter* de Depeche Mode. Relajado se sintió feliz y listo para afrontar los pendientes del día. Notó a través de la puerta de su casa que daba al patio de la vecindad que la luz del sol era sorprendentemente blanca y candente. Un instinto y una sensación de bienestar hicieron que caminara hacia la luz que entraba a través de la puerta. Después de deslumbrarse con lo que pensó era el sol, Tomás se encontró en el patio, vestido y listo para continuar con su día. Se sintió feliz, y aún bajo los efectos de la hierba observó los bellos colores que el verano le daba ese día. La luz se filtraba a través de las bugambilias y un viento que sintió a sus espaldas movió las hojas de las plantas, haciendo de la luz un oleaje sobre el piso de ladrillo, que poco a poco y moviéndose tibiamente formaba gajos terrosos que se fundían en una sola masa que se convertía en un mar rojo: pura superficie y profundidades, sin cielo, ni nada más que una obscuridad que poco a poco venía acercándose hasta detenerse delante de él. Entonces Tomás pudo verle un ojo y ésta retrocedió para perderse en el rojo de ese mar. Tomás entendió que se trataba de una ballena al sentir su inmensidad nadando debajo de él. Pero el horror de verse en la boca de esa montaña de carne desfigurada lo dejó

sin ideas. Engullido en las tinieblas del interior, viéndose aún sano y salvo, aunque rodeado hasta la cintura por agua salada, una paz que se transformaba en silencio le vino a provocar mucho sueño, y justo cuando comenzaba a quedarse dormido una leve luz se filtró en el estómago de la ballena, y pudo ver en una mesita los restos de un juego de dominó a medias, abandonado por sus jugadores. Pero no había nadie, únicamente encontró una cajetilla de cigarros y un encendedor en el bolso de su camisa. Y como no supo que hacer, tan sólo atinó a ponerse a fumar. Su mente era toda confusión y no atinaba en brindarse ninguna idea clara. Con despreocupada naturalidad apagó su cigarro en el cenicero y lo arrojó al vacío. Inmediatamente el lugar se agitó y una profunda voz gutural pero muy parecida a la del doctor Palma dijo: “Por favor, recoge esa colilla”. En ese momento Tomás se encontró fuera de todo ambiente flotando en el estómago de la ballena, y asombrado de la negrura de su soledad se sentó en la única piedra que existía. Entonces, de entre todas las preguntas que comenzaron a surgir en su mente, se impuso la que recién ahora más le sorprendía. “¿Por qué no tengo miedo?” Y sin que el pintor formulara una nueva idea la respuesta le brincó a la conciencia: “¿a dónde me irá a vomitar este animal?”

Tomás Palma apareció ante las puertas del Panteón General. Ahí lo esperaba su madre, que lucía impecablemente

elegante, copete alto, tacón medio, muchas joyas y muchas sirvientas. Se abrazaron sin sorpresa como cualquier día de la vida común y entraron al panteón. “La casa está al fondo”, dijo la Duquesa Palma. “La casa en el centro y al fondo, porque de este lado tu papá va a poner caballos”. Tomás se apenaba con los estafalarios comentarios y ademanes de la Duquesa Palma. Se volvió para observar a quienes los seguían: ahí sólo estaba David, el chihuahua albino; un poco más lejos trabajaban sirvientes y jardineros. “De todo esto, que es la primera sección, ya han quitado todas las tumbas. La próxima semana van a quitar todas, absolutamente todas las tumbas del panteón. Bueno, van a dejar las que están en las paredes; son muy antiguas, los del Instituto de Arqueología nos explicaron lo de su valor histórico”. “Mamá, tú crees que se desaparezca la peste a panteón”, interrumpió Tomás a la Duquesa, que, con un bonito salto recobró la palabra. “Bueno, hijo, van a sembrar muchos árboles y seguro que después de las lluvias de agosto eso cambiará”.

Los sirvientes y jardineros se esforzaban en barrer la basura, sembrar flores, colocar árboles nuevos, y algunos en transportar grandes piedras y lápidas hacia la salida. Todos en el panteón se animaban esa mañana. “En esta sección vamos a construir una casa para que vengan a visitarnos todos tus amigos”, continuó diciendo la Duquesa, cuando al encontrarse con una sección aún con tumbas

se perturbó enchuecando la boca. “¡Ash, ya sabes, no me gustan los panteones! Mejor vamos a la casa para que veas cómo va quedando”, dijo al tiempo que saludaba a alguien. “Mira, ahí viene la señora Baigts, por favor ve a saludarla porque ella se va a quedar aquí”, y al volverse hacia donde la Duquesa le señalaba, tan sólo encontró la estatua de una mujer hecha de cantera verde muy porosa y colocada en medio del pasillo de aquel jardín que cruzaban. “Ve y saludala por favor, es muy importante”, y Tomás haciendo gala de su buena educación se acercó a la figura inmóvil. Los sirvientes y la Duquesa se habían quedado atrás y ahora discutían otras cuestiones. Tomás sintió que el trámite de saludar a la señora Baigts podía hacerle perder mucho tiempo, así que decidió terminar con la tarea de la forma más breve posible. “Buenos días señora, ¿cómo está? Me llamó Tomás Palma”. La figura de cantera tenía los párpados cerrados y a partir del cuello para abajo la roca se transformaba en una túnica de la que brotaban dos brazos: el izquierdo con una taza de café en la mano hecha con el mismo material que toda la estatua. La piedra al escuchar el saludo alargó su fría mano para colocarla a la altura de Tomás, justo para que pudiera estrecharla. Tomás nunca le había dado la mano a una estatua, y le llamó la atención la fría dureza de aquella extremidad. También observó que la boca de la estatua había formado una “O”. La señora Baigts le habló al pintor en el fondo de su con-

ciencia. “Tomás Palma, bienvenido seas a tu nueva casa. Aquí en Oaxaca, ¿tú sabes cómo se ve un ataúd después de quince años bajo el suelo? Cuando los desentierren se ven como si los hubiera exprimido un gigante, parecen los fierros retorcidos de un accidente automovilístico. Son los movimientos de las placas tectónicas. Ya sabes que aquí tiembla mucho. No podría explicarte lo que ha sido ver que desentierren todas esas cajas. Lo hicieron todo en un mes. En un ataúd encontraron unas latas de cerveza, ¿tú crees? Unas cervezas viejas que quienes se las tomaron dijeron que estaban muy ricas”. “Vamos Tomás, tenemos que continuar”, interrumpió la voz de la Duquesa oportunamente. “Con permiso señora”, dijo Tomás sin dar suficiente crédito a la experiencia. “Bueno, de todas formas sólo es una estatua”, dijo la Duquesa. Tomás, al volverse vio como la señora Baigts se perdía flotando entre las tumbas y las flores que quedaban en el jardín... “Cuando llegué aquí, ella fue la que me recibió”, le dijo la Duquesa a Tomás mientras continuaban su paseo.

A las nueve de la mañana Paul, el vecino norteamericano de Tomás, abrió la puerta de la casa para ver si le regalaba un poco de café, a cambio llevaba preparado el Marlboro rojo que siempre le pedía. Era el ritual de la mañana que seguían desde de que se había instalado en la vecindad. Desde el día anterior había notado que las luces de la es-

tancia principal permanecían prendidas. Algo inusual en los hábitos de Tomás, que normalmente cuidaba de no desperdiciar la energía eléctrica.

Abrió la puerta y lo primero que le sorprendió fue la forma rígida en la que Tomás sujetaba sus piernas, pero pensó que había trabajado maniáticamente toda la noche. Entró a la casa, se asomó a la cocina en busca de café y apagó el estéreo. (Después contaría a la policía que le llamó la atención el haber escuchado repetirse muchas veces el disco *Exiter* de Depeche Mode). Al notar que Tomás tenía los zapatos puestos pensó que no dormía, que a lo mejor estaba triste o llorando, pues conocía bien el carácter dramático de su vecino. Al acercarse una mancha marrón en la almohada y un hilillo de sangre seca de la nariz del pintor lo alertaron. Paul dio dos pasos hacia atrás y llamó a Tomás con un par de gritos, pero como no le contestó, se acercó para tratar de despertarlo. Le bastó ponerle una mano en el hombro para saber lo que pasaba. Con pánico buscó al casero, que en ese momento se encontraba de cabeza haciendo sus ejercicios abdominales. El cincuentón sólo había visto dos muertos en su vida: su padre, ya en el féretro; y su madre, en la cama del hospital. Y no quiso acercarse a ver, sólo con sentir la atmósfera entró en mayor pánico que Paul, porque sintió que tendría que dar un montón de explicaciones. Y vio su querida casa llena de policías, de peritos, de familiares dolidos. Antes

de sentirse amenazado, recordó a su abogado, el nefasto licenciado Berriozábal, y vio en su futuro la posibilidad de acompañarse por este tipo en un proceso legal de años. Y todo eso era lo que al casero más miedo le daba en el mundo. “¡Oh, por el amor de Dios!”, soltó entre lágrimas. Pero él sabía cómo debía actuar un capitalino hábil e inteligente, y en su conciencia escuchó su voz desesperada: “Mira, vamos a sacarlo a la calle, así no te vas a meter en problemas. Y es algo que todos van a entender, que tuviste que hacerlo para proteger tu casa y a tu familia”. “Sí, verdad”, se contestó a sí mismo en voz alta y entre sollozos. Pero sintió tanta vergüenza ante su otro inquilino que prefirió romper en llanto. Paul consideró que lo correcto era ponerse a llorar a moco suelto por unos minutos. Entonces el casero comenzó a desesperarse y caminó al interior de la casa. Después de aflojarle la ropa y quitarle los zapatos y sin que nadie lo viera, se posó encima del muerto para destrabarlo la postura fetal... y un olor que supo reconocer lo abofeteó, pero no dijo nada. Sujetándolo de entre las axilas arrastraba el cadáver fuera. “Pobre, con sus calcetines rotos”, pensó al cruzar las puertas principales de la casa. Un frenesí de certeza invadió a Paul al ver que el hombre sacaba a su amigo a la calle. Dejó de llorar, cerró la puerta de la casa de Tomás, cerró la puerta de su casa y salió con la esperanza de hacerse útil a la menor oportunidad.

El gringo, que no tenía idea del plan detuvo un taxi. “¡Vamos!”, gritó, y el casero nerviosísimo y sin saber qué hacer sujetó a Tomás por delante y comenzó a jalarlo hacia el taxi. “Al Hospital del Carmen”, le gritó al taxista con su acento norteamericano mientras sujetaba el cadáver por los pies y lo empujaba con todo y casero hacia el asiento trasero del vehículo. En el trayecto al hospital el casero se desbarataba en cada pensamiento al tratar de imaginar lo que le diría a los doctores, a la policía y a la familia de Tomás. Pero al recibirlos, el doctor Martínez Ibarra le dio dos tranquilizantes que lo sedaron por el resto del día. El doctor Garibay, viejo conocido de la familia Palma, se encargó de todos los procedimientos médicos y legales. “Parece una sobredosis de heroína, será mejor que vayan a su casa y recojan todo lo que pueda resultar comprometedo”, le dijo al Doctor Palma durante la llamada en la que le informaba la muerte de Tomás.

Despreciable

Existen muchos tipos de infiernos en la tierra. Las cárceles son lugares que podrían encajar bajo la descripción del peor lugar del mundo; un hospital para desahuciados también es un lugar al que nadie quiere llegar... un manicomio, un reformatorio, una clínica de rehabilitación... El Albergue para Niños Maltratados Fundación Lic. Guillermo Miguel Gross es un basurero para seres humanos, donde llevan a chicos de todo el estado con antecedentes de violencia y maltrato. Todos los internos son parte de algún proceso judicial, o en algunos casos lo habían sido. Víctimas, testigos de crímenes y pequeños delincuentes, a este infierno no le hace falta nada. La seguridad y atención que reciben es infalible, los servicios médicos y psicológicos son de una prioridad positiva y especial, los espacios son reducidos pero cómodos, la higiene es impecable, y la comida es bastante regular, que en la clasificación para este tipo de lugares es como decir que es de cinco estrellas. Tienen una maestra muy guapa, educada y cariñosa. Todos los empleados, desde el ayudante de conserje hasta la directora general tratan a los niños con cariño y esmero. La abogada se encarga de que todo esté dentro de lo correcto, cómodo y práctico, dándole siempre preferencia a la seguridad. Organiza

excursiones, idas al cine, visitas a los museos. Las damas del Patronato Estatal les llevan dulces y regalos que se reparten en una gran merienda que se hace una vez a la semana, muchas veces con la esposa del Gobernador, y en algunas ocasiones con el Gobernador en persona. Cada niño está asignado a una psicóloga, todas jóvenes. Cada psicóloga atiende sólo a cinco pacientes y funcionan como conciencias a sueldo. Todos los temores y angustias, todos los sueños y deseos son atendidos por estas mujeres con gran devoción durante cuatro horas diarias. En las habitaciones trabajan las nanas, señoras de gran corazón que se encargan de arropar a los chiquillos por la noche y despertarlos alegremente en la mañana. Tienden las camas, barren el piso, sacuden el polvo, acomodan la ropa y se preocupan de que los niños estén a tiempo en sus ligeras actividades (desayunar, ir a clases, ir al psicólogo, comer, etc.). Por la tarde un grupo de jóvenes entusiastas bien pagados los acompañan a jugar en las áreas verdes de la parte de atrás del albergue. La cancha de fútbol es el lugar preferido por todos, en donde, para bien, no se hace distinción entre niños y niñas.

Acepté un empleo en el Albergue para Niños Maltratados Lic. Guillermo Miguel Gross y desde el primer momento entendí la seriedad del compromiso. El trabajo con los niños era muy estimulante, cada uno de ellos poseía

una gran personalidad; los había serios, tímidos, histéricos, muy violentos, muy groseros, buena onda, simpáticos, gruñones, melancólicos. Pero en general todos se portaban súper mal, desahogaban su energía física sin orden, ensuciaban todo, rompían los juguetes que les regalaban, insultaban a los profesores y se cotorreaban a los visitantes. Lo peor era que se peleaban entre ellos. Cuando esto ocurría la excelente atención y seguridad se hacía presente de manera práctica y oportuna. Todo esto me hacía bastante gracia, así que me tomé la parte dura del trabajo con agrado. Pronto me vi yendo a trabajar al albergue de lunes a viernes, de nueve a trece horas, a cambio de un miserable salario. La labor me apasionaba, y entre más me involucraba más me nacían en la mente las ideas con las que les mejoraría la vida. “Deberían de poder salir en adopción más niños”, pensé. Pero alguien me explicó que el papeleo era el más arduo de los trámites burocráticos en el estado y nocivo para la salud, aparte de eso, las psicólogas tenían que aprobar la adopción, después la abogada, y por último la directora. “En adopción sólo salen los bebés, a los niños más grandecitos nadie se los quiere llevar”, me dijo Manuel, el de intendencia. “Nunca he visto a un bebé en este albergue”, pensé, pero conociendo el carácter celoso de los empleados me guardé el comentario, y desde ese día comencé a poner mucha atención en la forma en la que manejaban la vida institucional.

Un día, caminando por entre los pasillos, me encontré con un salón de unos cuarenta metros de largo por siete de ancho. Una bodega sin ventanas en la que se alineaban unas veinte cunas, el suelo estaba cubierto de peluches, cojines, mantas y juguetes. Las dos mujeres jóvenes que vigilaban y atendían el lugar me explicaron que los bebés recién nacidos estaban junto al consultorio del doctor y que en el cuarto que tenía ante mí cuidaban a los bebés un poco más crecidos, entre cinco meses y dos años y medio para ser exactos. Me volví a asomar y un gran bebé gordo y rosado corrió hacia mí. La más flaca de las mujeres sujetó al niño y le peinó el copete con gel y moldeó su cabellito con el cepillo que traía en la bolsa de su mandil. “A ver Enrique, deja que te peine”, dijo la mujer. “Este es Enrique, está aquí desde recién nacido y está a punto de pasar con los otros niños”.

“Te encargo mucho a mi güero”, me dijo una de las ancianas que se sentaba a diario junto al puesto de memelas que estaba frente al albergue. “Te encargo mucho a Luis Ángel, ese es mi niño”. Luis Ángel era famoso porque estaba ahí desde recién nacido — hacía ya ocho años-, porque tenía el cabello rubio y por ser el único en la historia del albergue en haber sido adoptado y después devuelto por nefasto. El matrimonio que lo adoptó jamás pudo hacer que se acoplara a la vida cotidiana de una familia común y corriente, lo que ocasionó el divorcio de la pareja. A pesar

de que la nueva madre intentó conservar a Luis Ángel, incluso consiguiendo el apoyo económico de su ex pareja mediante un divorcio bien tramitado, no pudo. Fue más la influencia de Giselle, la directora general, que sabía que la sociedad a la que pertenecía no podía consentir que una mujer sola cuidara de un niño con antecedentes de maltrato. Así, Luis Ángel tuvo que regresar al albergue después de once meses de adopción.

Afuera de la institución había una pequeña explanada donde se juntaban algunos vendedores y desempleados. Algunas señoras llevaban los frutos de sus huertos; panes caseros, chicles y cigarros no podían faltar; tampoco el carrito de supermercado lleno de refrescos y una que otra cerveza, y por supuesto el changarro de memelas que le daba cierta fama a la esquina del albergue. El grupo de parroquianos más nutrido era el que conformaban las ancianas que antes habían sido nanas, y que tras jubilarse no faltaban un sólo día a la puerta del lugar. Tenían prohibido el paso para hablar con los niños, a los que sólo podían ver jugar desde de la reja. “Le encargo mucho a mi güero”, me decía la más vieja de las jubiladas. Así fue como empecé a notar las ligeras e inevitables anomalías en el casi perfecto funcionamiento del albergue.

Ya antes había tenido un par de encuentros con la abogada. En una ocasión me regañó por sacarme una foto con uno de los alumnos. “Estos niños no pueden ser retrata-

dos, es por seguridad, por favor entienda que han vivido cosas terribles, algunos de ellos son testigos protegidos, algunos son víctimas de venganza...”; después me obligó a mostrarle cómo borraba la foto de la memoria del celular. En otra ocasión me reprendió delante de todos los niños por ser demasiado laxo con la disciplina de la clase de pintura. Al principio encontré estos detalles comprensibles y me pareció que a esta señora le gustaba mucho su trabajo y que en serio se preocupaba por los niños. También me había llamado la atención el comportamiento del personal masculino. Los hombres que trabajaban ahí eran el Doctor, ocho del área de seguridad y cuatro de intendencia, más los dos varones del grupo de estudiantes de psicología que hacían sus prácticas profesionales y ayudaban con los juegos de la tarde.

Cuando llegué a trabajar el primer día sólo me puse a hacer lo mío. Nadie me entrevistó, nadie me hizo ninguna pregunta, por supuesto que nadie me presentó a los chavos, nadie me ayudó a jalar las mesas y las sillas al patio. Ese día nadie me quiso abrir el salón en el que me habían dicho que podía guardar los materiales. Nadie sopesó mi carácter ni juzgó mi capacidad. Pero los machos de intendencia y los brutos de seguridad no me perdían de vista ni un segundo. “Es normal, están cuidando a los niños, después de lo que han vivido no es para menos”, pensé.

Me encantaba mi trabajo, y después de tres meses comenzaba a adaptarme al lugar. Fue también por ese tiempo que comencé a fijarme mucho en una de las maestras asignadas para impartir educación primaria. También me sentía fuertemente atraído por una de las pasantes de psicología que hacía su servicio social. Entre fantasías me sorprendía pensando en la flaca que cuidaba a los bebés... y ya una nueva imagen me comenzaba a nacer en el fondo de la conciencia: hacerle el amor a la mujer policía que custodiaba la entrada y las listas de acceso. De regreso comía siempre en el Café Dual, porque ahí trabajaba una lesbiana de la que estaba enamorado desde el otoño. Tomaba mucho café, fumaba menos, pintaba más que nunca. El trabajo en el albergue me hacía feliz. Hasta que apareció esta niña, la Estrella. Un día llegué despreocupadamente y comencé a trabajar sin prestar realmente mucha atención a ese nuevo par de ojitos negros que no paraban de vigilarme. Al principio no nos hablamos mucho, pero ya entrados en la faena de colorear un dinosaurio nos comunicamos con desenfadada naturalidad. Ella quería ser una Estrella. La Estrella tenía trece años, medía menos de metro y medio, era morena, con los rasgos del rostro muy marcados, cejas delineadas y largas, nariz de uva, pómulos puntiagudos al igual que el mentón, frente cuadrada y unos enormes ojos negros. Su belleza era llamativa, muy auténtica, podría decirse que era exótica.

La Estrella, que estaba triste por ser su primer día en el albergue se acomodó a mi lado, pues la hicieron sentir feliz mis ademanes nerviosos y sorprendentes cuando no pude evitar reconocer su belleza. Lo que verdaderamente movió mi alma fue la naciente curiosidad que me produjo haberle visto una cicatriz de quemadura de cigarro que traía en la mejilla. Toda la superficie de ambos brazos estaba marcada por cicatrices, incluyendo la quemadura de una hebilla de cinturón al rojo vivo, seña que se repetía varias veces y que le daba otro sentido a las líneas de la palma de su mano derecha. Yo, en ese momento no lo podía creer. No podía dejar de ver todas esas cicatrices porque simplemente no lo podía creer. Nunca en mi vida había visto algo igual, y no supe qué hacer. El cerebro me dio dos vueltas y el corazón se me secó. Ese día el albergue estaba bajo una calma que sentí muy extraña. En los meses que tenía trabajando en aquel lugar nunca había sentido tal atmósfera, era como si todos hubieran notado el dolor físico de esta niña, y hubieran hecho una pausa en su sufrimiento para compararse con ella..., con esa frecuencia mental a la que no podía oponerme. Esa mañana los niños se comportaron muy bien, el personal de seguridad fue sorprendentemente amable, las psicólogas no se aparecieron por el patio, ni la abogada, ni la directora, que de por sí sólo iba a trabajar de vez en cuando.

Al terminar la jornada me comí seis memelas con mucha salsa y no me las cobraron — a partir de ese día no me cobrarían más las memelas del desayuno. Las jubiladas de esa mañana apenas y me hicieron un gesto. Caminé feliz hasta mi casa, pero cuando llegué a mi sofá favorito un profundo desasosiego se apoderó de mi alma y me sentó muy mal, como con ciertos mareos... y no podía dejar de pensar en la Estrella, y me desesperé por no poder hacer nada más, por no poder ayudarla más efectivamente, por haberla dejado sola en ese lugar horrible. Y fue la primera vez que me dieron ganas de regresar para quedarme ahí con ella o para traerla a mi casa, pero no, porque yo era sólo un vago mariguano sin dinero, y un irresponsable de lo peor... Aunque estoy seguro que cualquier niño hubiera preferido vivir con el vago que soy a pasar una noche más en el albergue.

Estuve así el resto del día, y al caer la noche no dormí porque no podía dejar de pensar en la Estrella. Al día siguiente traté de comportarme con normalidad, pero lo único que me interesaba era platicar con mi nueva amiga. Pronto noté que no sólo a mí pasaba eso. Ella, la novedad, se había vuelto el centro de atención, y ahora estaba con la psicóloga, y luego iría a ver al doctor, y más tarde la llevarían a saludar a la abogada. Eso sí, siempre acompañada de tres o cuatro niños y uno que otro de los de seguridad.

Cuando finalmente se presentó al módulo de pintura en donde yo estaba a punto de terminar mi sesión, un gran grupo de niños se congregaron en los alrededores, tomaron papel, pintura y pinceles y comenzaron a dibujar. No tuve problema con empezar otra vez la clase y quedarme una hora más. La Estrella vino y se paró junto a mí. Un buen escalofrío me sacudió, pero pronto noté la mirada extraña del tipo de seguridad que acompañaba a la Estrella desde la mañana. Incluso más tipos de seguridad se acercaron por primera vez a observar los dibujos de los niños, todo con la intención de vigilar hasta el más mínimo detalle de la conversación que tenía con la niña. “Es que me escapé. Me escapé de Tijuana, de ahí soy. Me llevaron a Puebla; de ahí también me escapé. Y ahora me trajeron aquí a Oaxaca, porque aquí no tengo familia ni conozco a nadie”. A pesar de mi curiosidad, no le pregunté por las marcas de sus brazos, pero al menos me había enterado que era de Tijuana, que tenía varios hermanos que eran cholos y que deseaba ser una Estrella. Esa tarde, cuando nos despedimos, la Estrella me miró con sus inmensos ojos negros. Y sentí claramente como me comunicaba un montón de información con ese simple gesto, de pupila a pupila, y que en ese momento no supe cómo interpretar, pero que ubiqué perfectamente en algún buen lugar de mi imaginación.

En vez de tomar el autobús caminé todo el trayecto de regreso a mi casa, no podía pensar en otra cosa que no

fuera la Estrella. Al llegar a mi casa, la caja de información que me había entregado mentalmente comenzó a desdoblarse. “¿Cómo puedes dejar a la Estrella en ese mugrero?” La Estrella se escapa. La Estrella se escapó de albergues en Tijuana y Puebla. Seguro que los otros niños le contaron la historia del fantasma de la enfermera que murió ahí. En Oaxaca no tiene familia, sus hermanos viven en Tijuana. Esas marcas que trae en los brazos se las hizo una mujer más grande. Quiere ser una Estrella. Esas heridas se las hizo una mujer. Eres un asco de ser humano por vivir sumergido en el egoísmo, tú podrías tener tres o cuatro de esos niños, serían más felices en tu desmadre que en ese mugrero. Esas cicatrices se las hizo una mujer por envidia. Sin duda a esa niña le pasó lo que le pasó por ser tan bonita. Si pudiera ayudarla más, si pudiera darle algo más, le daría todo”, pensé. Y esa última idea hizo que me sobresaltara porque no reconocí este pensamiento entre mi repertorio de imágenes y frases mentales, y no me pareció una idea original de mí; más bien pensé que esa idea era como de otra persona, y por primera vez en mucho tiempo me dieron ganas de morirme, de desaparecer. Lo que sentí fueron ganas de morirme y de mandar a todos a la verga, y de lastimar a mis seres queridos con una muerte inesperada y un funeral costoso en lo económico y en lo social. “Y que se vayan todos a la verga”, me dije en voz alta a mí mismo. Entonces tinieblas egipcias me engulleron

y la desagradable sensación de estar flotando en la oscuridad de la nada me hicieron volver en mí. “¡Órale!”, me dije a mí mismo con una nueva sonrisa. “Creo que voy a necesitar atención psicológica después de trabajar en esto del albergue para niños maltratados”. Puse el disco *Exiter* de Depeche Mode y traté de pensar en otra cosa.

“No tengo dinero para un psicoanalista. Si tuviera un amigo psicólogo o sacerdote por lo menos con él podría platicar estas cosas, que no puedo dejar de pensar en la Estrella, y que me encanta pensar en la Estrella, y que me encanta la Estrella, y le podría preguntar si acaso me estoy volviendo de verdad un pederasta. Y ¿si alguien como yo más bien es un peligro...?” Y en mi divagar pensé en abrazar a esa niña, y deseé tenerla a mi lado. Y al imaginar el calor de ese otro cuerpo sentí como de mi carne emanaba un calor que identifiqué muy bien, pero no pude poner imágenes sexuales en mi mente porque las marcas de la hebilla al rojo vivo regresaban a mi imaginación, y después el resto de las cicatrices que me tenían tan impresionado.

Al día siguiente me levanté y feliz me fui a trabajar, pero al llegar ante las puertas del albergue me sentí repelido de una manera que no había experimentado. Al ingresar me encontré con que todos los niños estaban en la parte de atrás jugando fútbol. Al llegar, casualmente me crucé con Manuel, el de intendencia, que me explicó lo nerviosos que estaban los niños ese verano. “No ha

venido la maestra en días porque el Sindicato de Trabajadores de la Educación está en huelga y mantiene un plantón en el zócalo de la ciudad; en estos días que no hacen nada es cuando peor se ponen porque pasan todo el tiempo encerrados. Y con esta estúpida abogada que no los deja salir ni a la esquina y que sólo los regaña, más la inepta de la directora que no se pasea por el patio ni en pintura, no sé qué vamos a hacer. Con la administración pasada todo era diferente, había más cordialidad, ahora veo que están perdiendo el control, se nota en los niños, están muy nerviosos. Estos niños son mi vida, si algo les llegara a pasar no sé qué haría”, dijo Manuel moviendo el puño derecho y analizando mis pupilas. “A estos niños los veo más que a mis propios hijos. ¿Usted tiene hijos?” “No, no tengo”, le contesté. “Yo tengo tres niñas, pero cuando llego a la casa sólo son pedir y pedir, y luego con su mamá pues las cosas no andan muy bien, y mi suegra, bueno, ya se imaginará. Sólo gano tres mil quinientos al mes, trabajo ocho horas de lunes a sábado, pero estos niños son mi vida”. “¿Conoce a la niña nueva?”, le pregunté ya más confiado y dejándome llevar por la plática. “¡Claro!, la niña nueva, la que se escapa”, le contesté. “Es muy bonita”, le dije, pero inmediatamente me sentí incómodo con la charla. “Sí, es muy bonita, ¡quién sabe que hayan tenido que vivir estas criaturas!”, contestó Manuel con toda confianza. “¡Sabe, nadie había hablado conmigo

en este lugar! Nunca antes me habían preguntado cosas de mi vida, ni de mi trabajo, ni de lo que estoy haciendo. Aquí, usted es la primera persona que me ha hablado”. “¿Le puedo preguntar algo?” “Claro, joven”. “¿Es verdad que aquí murió una enfermera que dicen que luego anda penando por los pasillos?” “¡Ah qué chamacos estos!”, dijo Manuel. “Sí, es verdad. Eso fue hace como cinco años. Y sí, es verdad que tuvo que venir un padre a echar agua bendita y a hablar con los niños, porque el hecho sí que impresionó a muchos. Esa enfermera murió tranquilamente de muerte natural, de pronto se le paró el corazón. Ya estaba viejita. Pero cuando vino la ambulancia todos los niños vieron como la sacaban, y ese fue el error de los administrativos de aquel entonces”. “Oiga, el otro día Lucía me contó que en enero hubo una fuga masiva de niñas. ¿Eso es verdad?” “Sí, también eso es verdad. Se fugaron las más grandes. Como seis chamacas se fueron. Rompieron todos los vidrios, pintaron una pared con caca, quemaron unas ropas y unos colchones y se brincaron la barda. A todas las agarraron esa misma noche y ahora están en el Consejo de Tutela, que es más o menos lo mismo que aquí, pero ahí no hay niños chicos. Joven, ¿le puedo preguntar una cosa?” “Sí, lo que quiera”. “¿Usted tiene hijos?” “No..., ya me lo preguntó”. “Mire, si algo le pasara a estos niños yo no sé qué es lo que haría”, dijo otra vez Manuel moviendo su puño dere-

cho entre sus ojos y los míos. “Joven, ¿le puedo preguntar algo muy personal? ¿Usted cree en Dios?”

Ese día sólo pude ver a la Estrella un momento, fue sólo un saludo, un gesto con el que interrumpió su juego de futbol. Pero con una sola mirada recibí un mensaje que me dejó un tanto confundido. “Si me ayudas te voy a dar lo que tú quieras, o voy a hacer todo lo que tú me digas”.

Después de esa entrevista con el tipo de intendencia, la primera y la única, supe que todo el personal necesitaba atención psicológica urgente, él no era el único que se estaba quedando loco. El tipo de intendencia estaba súper chiflado y era muy notable. Las psicólogas se odiaban entre sí, pero hacían equipo para humillar a la maestra y para presionar a la abogada. La guapa maestra que dictaba la educación de los seis cursos de primaria al mismo tiempo en un salón especial, era la única que estaba inmune a la basura psicológica del albergue; por otro lado, era de las más trastornadas; porque aparte de tener que trabajar con el mal humor de los más perturbados alumnos, tenía que enfrentar la desesperación de participar obligatoriamente en las protestas del Sindicato de Maestros. La abogada era muy histérica, fumaba mucho. Además, esta mujer, la abogada, tenía unos seis o siete meses de embarazo. No tenía ni un año trabajando en el albergue y ya lucía una inmensa barriga prenatal. Los del personal de seguridad son muy amables y afectivos con los niños, juegan futbol con ellos,

comparten los caramelos, son en verdad otros niños, pero grandes y fuertes, y además pueden irse a sus casas con sus mamás. Las mujeres que cuidaban de los niños más pequeños estaban todo el tiempo exhaustas, al borde del desmayo, incluyendo a la flaca que cada día lucía más chupada. El médico era muy introvertido y antisocial, no hablaba con nadie. Era un *freak* de veinticinco años recién egresado de la Facultad de Medicina, que sólo pasaría por doctor ante los individuos más inocentes y frágiles de la sociedad.

Las mujeres que cuidaban a los niños en las habitaciones, aquellas señoras maduras que devotamente los arropaban por las noches, se habían hecho carne molida. A parte de los niños que estaban en el albergue desde recién nacidos y que llevaban toda su vida ahí, lo normal era que los niños fueran de un juicio a otro, de un albergue a otro. A algunos los recogía algún familiar y se los llevaba. Así, estas señoras perdían a uno de sus hijos regularmente cada tres semanas. Por eso al final de sus carreras, ya siendo unas jubiladas, quedaban muy trastornadas, muy locas.

La más perturbada de todo el personal era Giselle, la directora. Ella creía que era una señora muy buena y piadosa, un funcionario público de primera y un ser humano ejemplar. De entre todos los detalles personales de la vida de esta mujer —que la llevaron a vivir así de engañada, con esa opinión tan soberbia y equivocada de sí misma—

sólo cabe mencionar que sus malas ideas se fortalecían al compararse con gente que conocía en su círculo social, personas cuya identidad se basaba en compartir las mismas cualidades. Así era el grupo de oración católica al que pertenecía Giselle. En tres años de gestión no había logrado colocar a un sólo niño en adopción, en parte porque eso no le importaba. Su cargo lo ocupaba más que nada para darle falsos empleos administrativos a familiares y amistades inútiles, y para organizarle una suntuosa fiesta de quince años a su hija.

La señora Giselle era muy amiga de la esposa del Gobernador. Era viuda y había vuelto a casarse con un español rico de Oaxaca, que tenía una tienda de uniformes escolares en el centro de la ciudad. En privado era abiertamente racista, así lo sabían los familiares y amigos cercanos que trataban a cada momento de cambiarle el tema, cada vez que ella misma lo traía a colación siempre entre desfachatados comentarios sociales. En casa tenía a dos sirvientas huérfanas que le habían dejado y que había recogido por compasión, según ella. Dormían en una bodega junto con el jardinero. Ese cuarto era una bodega inmundada llena de fierros que antiguamente habían sido la caldera de la alberca de la mansión. Giselle sabía que los chavos del albergue vivían en mejores condiciones que las niñas, pero ante el marido y los hijos siempre recordaba que era ella quien las había recogido, y que era ella la que les había

dado techo y comida como Dios le daba a entender con sus posibilidades, y al fin de cuentas ella se adjudicaba la ropa que traían puesta, la comida de la tarde y el mugroso taco que devoraban por la noche, y la malísima educación gratuita. “Gracias a mí terminaron la primaria”, remataba siempre alzando un dedo.

Giselle creía ser una muy buena persona. Un día se acercó al salón en donde daba mi clase de pintura y se puso a contemplar los coloridos dibujos de los niños que estaban pegados en la pared. En su gran egocentrismo de señora bien, no notó que me encontraba a su lado sin saber si debía saludarla o alejarme discretamente como el mejor de sus sirvientes. “¡Aaay, reflejan mucha miseria y tercermundismo! Están muy mal. Son horribles. Todos estos dibujos están muy mal. Debemos quitarlos de la pared en este instante, después, en unos días le dicen al maestro ese que los niños ya se llevaron los dibujos y me los tiras todos a la basura. Si la esposa del Gobernador llegase a ver este desastre seguro que se indignaría, esto no es lo que queremos proyectar, y te aseguro que el Gobernador pegaría el grito en el cielo si se enterara de cómo estamos tratando a esta institución que tanto ha contado con su apoyo”.

“No puedo creer que te hayas descuidado de esa forma”, le dijo burlonamente a la abogada, que miró con envidia como la directora Giselle se alejaba taconeando

unos bonitos zapatos Gucci de novecientos dólares. Así fue como se acordó sustituir la clase de pintura a la menor oportunidad por otra actividad más barata.

Así fui entendiendo poco a poco que ya había quedado loco, y que de verdad quería a la Estrella. El sentimiento que despertaba en mí me tenía sumamente confundido, porque esa emoción no se comparaba con ninguna otra. Me hacía más feliz que nada, y me llenaba de una energía impresionante. Entonces comencé a pintar ese enorme lienzo especial de dos metros por dos metros que había conseguido hacía dos meses y que no me había atrevido a pintar porque tales proporciones escapaban a mis verdaderas capacidades y desveladas energías.

“Este amor no puede ser una cosa mala, si en verdad es amor, si no soy un desviado, este amor no tiene porqué ser un trauma que obstaculice mi vida y la persona que quiero ser”, le decía a Paul, mi vecino de Carolina del Norte, que como siempre me ofreció un Marlboro rojo. Preparé café y le conté la situación de cabo a rabo; pensaba que mi amigo norteamericano me comprendería. Y sí, Paul escuchó con mucha atención e interés, pero su conclusión fue sólo una. “Ten mucho cuidado, una vez que te terminas por convertir en un perturbado mental no hay vuelta atrás, y eso que me acabas de contar no se lo debes de decir a nadie”. “¡Carajo!, no me apoya”, pensé inmediatamente. Y contrariando el consejo de Paul llamé a mi padre para ce-

nar esa misma noche. Después me encontraría a mi amigo Macario Solís en el Café Rampante. A los dos les conté la misma historia. Mi padre se preocupó mucho, me aconsejó que dejara de ir a trabajar en el albergue y me dio algún dinero para tratar de convencerme. En el Café Rampante Macario Solís me escuchó con impaciencia, casi no dijo nada, tan sólo concluyó: “Bueno, definitivamente no se lo cuentas a nadie”. Macario Solís lucía joven, pero era un empleado del gobierno, y en realidad me odiaba por mi vida disipada, me imaginaba junior y adinerado, con muchas novias, sin ir a trabajar, viendo la tele todo el día, ebrio y drogado a cualquier hora, con la gloria de la inmortalidad a la mano de una forma tal que solamente se le hubiese podido presentar a un oportunista como yo, un farsante y bueno para nada, que según Macario Solís, había conquistado el estilo de vida de una generación crecida a la luz de la televisión, que contemplaba como fin último en la vida su jubilación antes de los treinta. “Jubilado antes de los treinta”, llegué a gritarles a mis amigos en alguna de mis borracheras en aquellas noches en las que el también alcohólico dueño del Café Rampante me permitía subirme a bailar a la barra y arrojar botellas contra los cuadros que se exponían en aquellas tristes paredes. Macario Solís le dijo al señor Federico, barman del Café Rampante y chismoso local famoso, que yo era oficialmente un pederasta. A Rafa Palma, mi primo, que andaba también en el Café Ram-

pante, le dijo que estaba muy preocupado por los efectos de las drogas en mi mente, y me describió como un enajenado cuando se encontraba cerca de niños. A la mañana siguiente Macario le contó todo a su madre y a su tía, que era amiguísima de la esposa del Gobernador y de Giselle.

Yo por mi parte dormí muy bien la noche de aquel día en que me la pasé hablando maravillas de la Estrella y pestes de mí mismo. Por la madrugada tuve un sueño sexual que involucraba a Claudia Banfield y a las novias de mis dos mejores amigos. Me desperté y fui a masturbarme al baño, después bebí agua y me volví a dormir. Por la mañana mi primer pensamiento fue para la Estrella, quería abrazarla. Ya con el café de la mañana pensé en viajar a la Ciudad de México en plan de vacaciones y rentar una suite en el Sheraton de Reforma con la tarjeta de crédito de mi papá, bajar a comer al buffet, cenar en el restaurante italiano del hotel y ahorcarme a medianoche viendo una película porno *pay per view*. La otra idea que atravesó mi mente fue cortarme el pelo, dejar las drogas, regresar a terminar la carrera de medicina, conseguirme una buena mujer, joven y bella, casarme con ella con la mejor decencia posible y tener así mis propios hijos; y quién sabe, quizá así, teniendo una buena familia, siendo alguien honorable y con los contactos suficientes podría adoptar a la Estrella.

Al presentarme a trabajar frente a la puerta del alber-

que decidí tomarme el día libre, y valiéndome madre todo me fui a pasear por la ciudad. Algo borracho, después de haberme bebido varios mezcales acompañados con una buena botana oaxaqueña en el Café Dual, en donde atendía la agraciada lesbiana, fui a dar de regreso a mi casa, y entre tumbos y tropezones entré y me quedé dormido en el sofá de la sala. Y finalmente soñé con la Estrella. Soñé que la abrazaba, que caminábamos abrazados por las calles de la ciudad, y que la Estrella comenzaba a meter sus manos entre mi holgada camisa —recuerdo que entre sueños reacomodé mi postura en el sofá, para así caer más profundamente en el fondo de ese espejismo. “Me vas a dar lo que quiero, y después yo te voy a dar todo lo que tú me pidas”, me dijo la Estrella en ese sueño; pero para entonces yo ya había aclarado mi mente, así que le dije que sólo quería abrazarla, porque realmente no sabía qué quería. Eso le decía mientras le apartaba las manos de mi torso. La Estrella se alejó haciendo ademán de comprender. Feliz e inocente me mostró todos sus dientes blancos que formaban una sonrisa que brillaba con la intensidad de un bosque en llamas, mientras que con la mano derecha me mostraba una varita blanca llena de sangre. “¿Qué es?”, le pregunté sorprendido. “Fíjate bien. Esto que tengo aquí ya es mío”, me contestó la Estrella sonriéndome coquetamente, y dejando que inspeccionara aquello que resultó ser un hueso, como el de las costillas de cerdo que

me gustan comer trozadas y fritas con puré de manzana. Finalmente, al sostenerla mi instinto me alertó y el sueño cambió completamente de humor, porque al ver ese hueso de cerca sentí que le pertenecía a algún humano, y entre aquel hueso y los ojos de la Estrella una sensación de estar presenciando un gran sufrimiento se me presentó, y no pude más que contemplar esas cicatrices que me habían removido el cerebro. Sosteniendo aquello quise preguntarle a la Estrella si acaso ese huesito significaba algo terrible en su pasado, si acaso significaba alguna tortura a la que la hubiesen sometido, pero cuando alcé la vista sólo encontré las tinieblas de esa pesadilla, de la que ahora ya no era consciente. Buscando a la Estrella desesperado con la mirada la fui a hallar en donde aún sentía sus cálidas manos. Levantándome la camisa la encontré aferrada a mí con los dientes, batiéndose entre mi carne y un chorro de sangre y tratando de sacarme la última costilla del lado derecho. Y pude ver que tenía cola y patas como de águila, con las que sujetaba su propia cabeza. Con una calma desesperante sentía las palabras que la Estrella colocaba en la pantalla de mi conciencia con sus inmensos ojos negros. “¡Cálmate, ya voy a acabar, sólo dame este huesito y te voy a dar lo que quieras!”.

Negro amarillo

En los primeros días de agosto finalmente la sociedad reaccionó con una marcha para protestar ante el creciente fenómeno de la violencia contra las mujeres. Se decía que los Zetas habían llegado a Oaxaca para cobrar derecho de piso a los bares y cubrir el negocio de la cocaína. A cada rato, en la nota roja, era primera plana. Pronto los medios locales comenzaron a poner más énfasis y empeño. En cada edición las noticias del periódico subían su calidad y emoción; entre más periodistas se involucraban, más indagaban, más atención ganaban y más crímenes locos se cometían. Esa mañana el suceso principal había sido el hallazgo de un cadáver momificado en San Jacinto Amilpas. La espeluznante portada del periódico *El Imparcial* anunciaba el macabro hallazgo de un hombre que había sido disecado. Las páginas mostraban las fotografías de un rostro amarillento mitad calavera embalsamada mitad fiambre putrefacto que, según decían, pertenecía a un hombre de avanzada edad con un lunar en la mejilla derecha, al parecer identificado como “fulanito de tal”, desaparecido en 2007 y con domicilio en tal, y con la aclaratoria de que se esperaban las pruebas de ADN para descartar a alguno de los desaparecidos en los últimos días.

Nada de esto preocupaba al poeta Enrique Arnaud Blum, que tenía demasiados pendientes consigo mismo, con el trabajo y la familia como para atender las conflictivas novedades sociales de su ciudad. Pero como tenía cuatro días sin ir a trabajar y sus amigos no lo habían visto, hubo quien vio en el rostro de la horrible calaca las facciones del flaco escritor. Ese mismo día el chisme que circuló en redes sociales era que se encontraba desaparecido, y así era. Todo mundo preguntaba, buscaba y daba novedad en el Facebook. Y nadie sabía en dónde estaba.

Al principio nadie tomó con seriedad su ausencia. Cuando el rumor comenzó a expandirse, simplemente logró levantar entre sus conocidos un murmullo cómico en contra del nuevo chisme, pues como éste, el mitómano poeta había ya inventado más de un par... como la ocasión en que fingió un viaje a Europa para, en realidad, acceder a someterse a un tratamiento de adicción a las drogas en un centro de rehabilitación de “cienciología” en Querétaro. Sus amigos adolescentes del taller literario de Leonardo da Jandra no podían evitar reír al recordar que en las primeras sesiones se las daba de científico y matemático experto, y cómo olvidar el hecho que lo catapultó a la fama inocente del medio local: haber fingido un intento de suicidio ingiriendo barbitúricos en uno de los eternos jueves de trova del Café Rampante.

La última vez que había desaparecido, fue tras su fracaso impartiendo un taller de poesía durante el Libro-fest del Centro histórico. Después de la desangelada primera clase, no volvió a presentarse en ninguna de las nueve sesiones más que estaban programadas. Más tarde se supo que simplemente pasó aquellas dos semanas encerrado en su casa, deprimido y atendiendo lo que él llamaba “ciertas labores de poeta”. Nadie reclamó su ausencia, pues en aquel entonces no trabajaba en nada, ni mantenía ningún compromiso, apenas y veía a una novia que tampoco se extrañó por su ausencia, al igual que su familia, que ya estaba acostumbrada a perder el contacto con él por temporadas. Pero el escenario ya no era la pacífica ciudad con su discreto ambiente de la noche; la misma paranoia que hacía permanecer a las personas refugiadas en sus casas a partir de las diez de la noche había puesto énfasis en esta desaparición, porque Enrique Arnaud Blum podía abandonar la docencia de un taller de poesía mal organizado en el que no le pagaban, pero ya era el cuarto día que no se presentaba a su nuevo y encantador empleo como encargado de la increíble Biblioteca móvil de la Fundación Lic. Guillermo Miguel Gross, con la que recorrería glamorosamente sus pueblos favoritos del Valle de Oaxaca. Tampoco era normal que el nuevo soltero codiciado no atendiera a sus amigas guapas, que junto con su hermana habían sido las que dispararon el fenómeno en internet: “¿Has visto a Enrique Arnaud Blum?”.

Se despertó con la orden santa de olvidar y dejar ir las cosas locas con las que estaba soñando. Y como era sábado, Viridiana Choy se metió a bañar. “Detesto no retener mis sueños cuando al despertar siento como si acabara de regresar de algún lugar muy lejano, quisiera recordar detalles de mis sueños, aprender de ellos. ¿Por qué nunca sueño con sexo?, si soñara con sexo seguro retendría esos sueños, entonces sí que escribiría unos buenos cuentos eróticos y haría un *blog* de eso, un *blog* semipornográfico con una foto de mi vulva para la portada. Bueno, me tendría que depilar”, se dijo mientras se contemplaba ya en la ducha... Y al rozar sus pezones por primera vez su espina dorsal se irguió eléctricamente del coxis a la coronilla, y su cuerpo cambió, sus senos se hicieron más duros y puntiagudos, y sus nalgas terminaron de caer bien acomodadas en todo ese cuerpo que se embellecía para el taller literario de Leonardo da Jandra. Entre los vapores, justo cuando ya se humedecía, un pensamiento le cortó la inspiración, y como no, si ese güey con el que estaba fantaseando otra vez, el tal Enrique Arnaud Blum, estaba desaparecido y sería el tema principal de la conversación durante el taller. “Además de bella debo lucir normal, normal y sorprendida, sorprendida e indiferente. ¿Qué pensarían los compañeros y amigos del taller si supieran todo lo que fantaseo con ese patán?, con ese creído, con ese güey presumido y mitómano que ni siquiera es buen escritor”, y casi se

pone a llorar al pensar que a lo mejor no lo volvería a ver jamás, pero con dos respiraciones se repuso, y entonces sí ensayó un par de lágrimas, y se vio a sí misma muchos años después diciendo: “Sí, yo lo conocí, murió tan joven, horriblemente momificado”, y este último pensamiento le hizo ver que ya había tomado más café del necesario.

Viridiana Choy caminaba entre las soleadas calles de las doce del día con un nada sexy ni coqueto sombrero de palma que anunciaba la Feria del mezcal, cuando al doblar la esquina de Abasolo con Pino Suárez se encontró de frente con el conocido pintor Tomás Palma, que le explicó su interés por asistir al taller literario ese mismo día, pues le urgía localizar a Enrique Arnaud Blum. Pensaba que Leonardo da Jandra o alguno de los escritores del taller podría darle alguna razón. Ya en el taller, delante de todos y al calor de los emocionantes rumores, el pintor comentó que el domingo pasado (supuestamente el último día que se vio a Enrique Arnaud Blum) había soñado que en la finca de un político adinerado, el escritor desaparecido (que en el sueño se había convertido en un niño) era sometido a un sinnúmero de torturas y vejámenes al no poder restaurar un cuadro carísimo del maestro Alejandro Santiago (en la pesadilla, para torturarlo, le habían asignado esa tarea), el cual empeoraba en manchas, sangre y suciedad cada vez que los secuestradores obligaban al poeta a tratar de

reparar la obra de arte. “Después era asesinado”, concluyó dramático su relato Tomás Palma, que mostró a todos un retrato —que había hecho en su libreta de dibujante profesional— del político que, según él, estaba involucrado en el asesinato de Enrique Arnaud Blum. Por más que el pintor trataba de dar a entender su preocupación, todos los participantes de aquella sesión lo escuchaban con cierta sorpresa, pero indiferentes. Así, y escuchándose decir sus pensamientos en voz alta, supo que estaba hablando puras necedades, y se sintió avergonzado y un poco más tranquilo. Pero cuando dijo que él tenía las libretas con los últimos cuentos que el poeta había dejado en vida, sí que llamó la atención de los literatos. “Es un libro sobre un pintor que se muere por mezclar una jarra de café expresso con un tanque de *speed*. El pintor se llama Tomás Palma”, dijo feliz y a punto de soltar la desaforada carcajada que traía guardada en el fondo de la garganta desde la desaparición de su amigo.

Alguien de entre los escritores del taller pensó: “Carajo, otro libro sobre psicoanálisis y drogadictos”, pero hubo quien sintió envidia pensando que ahora que estaba muerto seguro conseguirían publicar alguno de sus libros chafas y un poco de atención a su persona. Viridiana Choy no pensaba en nada de eso, su mente se había quedado atrapada entre los vapores y la humedad de la regadera. Al terminar el taller de literatura fueron por una rica botana

oaxaqueña en el Bar Jardín. Viridiana se acercó a Bombón y le dijo: “Oye, a ti te gusta Arnaud, ¿no? Me preguntaba si no has intentado buscarlo en su casa, ustedes estuvieron saliendo hace poco, ¿no?” “No, no me gusta”, contestó volteándole los ojos, “salimos una vez y me dijo que si quería ser su novia, pero a Claudia Banfield también le dijo que la amaba”. “Es un mitómano”, interrumpió Clarita, que destacaba entre las amigas con la bonita marca de haber sido mancillada con un beso robado por el mañoso escritor. Finalmente las chicas habían silenciado el resto de las conversaciones y ahora tenían la atención de todos los integrantes del taller que no se habían ido todavía a sus casas, incluso Leonardo da Jandra había suspendido sus meditaciones cósmicas para poner atención a la novedad. Entonces Viridiana tuvo una idea, y sin pensarlo mucho, marcó su territorio de hembra diciéndole a Bombón: “Pues a mí me gusta un chingo y me muero por ir a su casa para ver bien qué es lo que está pasando”.

Bombón tenía diecinueve años. Le cagaban las princesas, odiaba a las hadas, y jamás se veía en las ensoñaciones de llevar a cabo las excéntricas y sucias fantasías de las brujas. Más bien ella quería ser un *anime* japonés, y sintió que en su papel, sería *cool* tratar de resolver la misteriosa desaparición de Enrique Arnaud Blum enamorándose de él. Y se ofreció discretamente para acompañar a Viridiana Choy a casa del poeta. Leonardo da Jandra les

dio las gracias a las dos y las encaminó a la aventura con sus bendiciones, después de todo era lo más normal y decente que alguien del grupo se preocupara por uno de los escritores integrantes del taller literario.

¿Por qué había dicho delante de todo el taller de Leonardo da Jandra que Enrique Arnaud Blum le gustaba si no era cierto? “Sólo estoy pasando por una etapa de fantasear con ese güey, como quien fantasea con ponerse un tatuaje”, agregó más tarde para explicar mejor la confusa situación de enamoramiento a sus amigos. A Bombón no le dijo nada de eso, sólo se limitó a dejarle bien claro que a ella le gustaba más que a cualquier otra chica del taller. Bombón se emocionaba por su cuenta al sentir cómo se iba involucrando de manera arriesgada. Regodeándose en su vanidad, prestaba toda su atención al momento, pues se imaginaba contando los detalles de la aventura una vez que terminara por convertirse en una buena anécdota. A partir de ese momento tuvo que esforzarse por evitar la idea: “Ojalá que esté muerto para poder decir: sí, yo lo conocí”.

Las dos muchachas conocían los detalles del caso, pero poco les importaba todo lo que se comentaba en las redes sociales, nada les decían los aceleres de Tomás Palma y, sobre todo, habían perdido la noción de la información en los periódicos policíacos, se habían olvidado del cadáver momificado hallado por la Procuraduría en San

Jacinto Amilpas. En silencio sus mentes divagan entre los charcos del verano y las sombras de las últimas horas de la tarde cuando llegaron a la puerta que Bombón reconoció como la casa de Enrique Arnaud Blum. Sin saber cuál era el timbre exacto tocaron los seis interruptores al mismo tiempo y varias veces. “¡Qué quieren!”, les gritó la esposa del casero. “Buscamos a Enrique Arnaud Blum”, dijo Viridiana asumiendo el papel responsable. “Toquen el timbre bien, pendejas”, les contestó la mujer dando un portazo en la primera vivienda de la vecindad que regenteaba. Las chicas se quedaron atónitas ante el mal humor de la mujer. Entonces Viridiana Choy caminó sobre la banqueta hasta encontrarse con unas vendedoras de hojaldras. Compró cuatro y les preguntó si conocían al güero pecoso del 1004. Las mujeres le explicaron que no conocían a nadie con esa descripción. Entonces Paul, un norteamericano, que también era un güero medio pecoso, le abrió la puerta a Bombón, que se había quedado vigilando por si alguien más abría. Paul, al ver a Bombón y tras escuchar la razón de su visita, no pudo negarse a dejarlas entrar y conducir las a través de los pasillos de la vecindad. “Este es David, el chihuahua albino, no muerde, sólo ladra como loco porque tiene pésima autoestima, es el perro de los caseros. Cruzando este pasillo llegas al patio, en esta casa vivo yo, enfrente vive el pintor Tomás Palma, y doblando la esquina está la casa de Enrique Arnaud Blum. Estamos

muy preocupados porque no aparece”, les recordó Paul al asomarse por la ventana y acelerarse con un extra de excitación, que después de otro vistazo le hizo correr hacia la puerta y entrar en la pequeña vivienda. Enrique Arnaud Blum, que dormía babeando como un niño en el sillón de la sala, se despertó súbitamente y de mal humor; pero los aireados reproches de su amigo norteamericano lo pusieron de mejor ánimo. “Sí, ya puse en el Facebook que estoy bien, ya todos se están cagando de risa de mí en las redes sociales”. “Oye, afuera hay dos chavas que te vienen a buscar”, le dijo Paul. Para las chicas que esperaban sumergirse en una atmósfera de misterio fue bastante incómodo haber encontrado así tan campante y como si nada al escritor desaparecido, que no titubeó en dejar salir de su boca un frenesí de anécdotas falsas, y luego más calmado, con una taza de café en la mano, comenzaron a llegar a su mente fantásticas visiones; y se vio a sí mismo abandonado sus obligaciones para emprender un viaje de gafas negras a la playa, una playa imaginaria y amarilla, con mujeres argentinas pastando como caballos entre las dunas.

Pobre, porque según él se imaginaba unas vacaciones así, pero cuando llegó al Istmo se dio cuenta de que en ese lugar el viento apenas y permitía que un par de palapas se mantuvieran en la más raquílica de las miserias. Y al sentir el verdadero recuerdo del calor juchiteco mezclado con el olor del suero de los quesos y del pescado seco, tuvo

que aterrizar completamente en otra ensoñación: la de los guetabinguis y garnachas, y cervezas, miles de cervezas acompañadas de la más extraña variedad de botanas de mariscos: ombligos de pescado, huevas de liza, ostiones en su concha, camarones para pelar, jaibas al chipotle, pulpo en escabeche, y todo lo prohibido: carne de venado asada, entomatado de iguana, armadillo al horno, y los infaltables huevos de tortuga, acompañados de insoportables diálogos amistosos y cordiales y bienvenidas auténticamente cariñosas. Soportando aventuras de travestis con el pito chiquito, gordas sudorosas, ebrios vomitivos, abuelas alcahuetas, al trovador de la familia y los cuentos del que migró a los Estados Unidos.

Diez días pudo soportar el caluroso ambiente de Juchitán, y diez días le bastaron para darse por vencido, o entendido con el idioma zapoteco. Su plan era aprenderlo para poder concursar en el premio literario que organiza el Centro de las Artes de San Agustín, y que sólo es en lengua zapoteca. “Es muy fácil”, les dijo fanfarrón y enseñándoles un gran folder lleno de anotaciones. “Pues nada, sólo voy por la calle y si escucho algo bonito le pido a la persona que lo repita, lo apunto, y luego le pregunto qué quiere decir esa frase. Así fui armando los horóscopos de los doce signos zodiacales para el otoño. Invité muchas cervezas, y por eso tuve el celular apagado, y pues sí, para armar los horóscopos me basé en mi tarot y en lo que me decía la

gente, pero sobre todo me basé en esto”, dijo al momento de prender un inmenso *joint* de mariguana. “¿Quieren?”, dijo el poeta convidándoles a fumar de su cigarro satánico, pero las chicas rechazaron la invitación... y así estuvieron un cuarto de hora escuchándole decir pensamientos, chistes y aventuras de drogado como si hablara para sí mismo. Si alguna vez las chicas sintieron curiosidad por Enrique Arnaud Blum, ahora que sabían que no era más que un triste drogadicto, jamás le prestarían otra vez atención. “Jamás volveré a fantasear con este mequetrefe”, se juró Viridiana Choy esa tarde al abandonar los rumbos culturales del Centro Histórico.

Vacaciones

Qué traumas en mi vida serán los que me hacen fantasear y sentir violencia imaginaria contra mí misma. Por ejemplo, si estoy sentada viendo el jardín de repente puedo sentir, por dos segundos, como mi cara y mi pecho se destrozan contra el volante y los fierros en un accidente automovilístico, o puedo estar tranquilamente viendo una película en el momento en que mi alma decide levantarse y visitar el cuerpo de alguien que está siendo ejecutado de un disparo en la nuca. Quién sabe. Quizás sólo sea el daño que me hace leer la nota roja del periódico todos los días.

Ahora me despierto a medio viaje porque de repente siento que la camioneta de la tía Isaura va a chocar de frente contra otro coche, una sensación que me da la alocada forma de conducir de Mariana, que luce hermosa frente al volante a pesar de su mala postura. Le veo la psicodelia del decorado en sus uñas y la sensación de estar al borde de un violento accidente se vuelve a presentar. Entonces digo lo que jamás debí decir: “¡Oye, bájale!, ya vamos a llegar y no tenemos prisa”. Paul Green, su actual esposo, me lanza una mala mirada desde el asiento del copiloto: “¡Cállate, no la provoques!” Pero nadie me dice nada. Ha quedado sólo un silencio en la camioneta de la tía Isau-

ra que sigue abriéndose camino incoherentemente hacia delante. La carretera bordea precipicios por ambos lados y, finalmente, el mar azul al frente y por ambos costados. “¡Vuela Mariana!”, le digo. “¡Ya llegamos, caeríamos en el mar, sanos y salvos!” Y así la carretera se va convirtiendo en una estrecha isla. En el momento en el que divisamos los grandes peñascos del majestuoso hotel, Mariana rompe el silencio hacia mí. “Espero que hallas traído suficiente dinero”, me dice. En ese momento caigo al piso, me vuelvo parte de la nota roja, me estrello y me rompo en mil pedazos como un foco.

El hotel es una isla artificial que está pegada al continente mediante una estrecha carretera, a cada flanco hay un precipicio con el océano azul brillante como una alberca de fondo. Mariana y Paul Green han elegido el ala izquierda de la habitación porque les permite tener intimidad. Yo tengo una de las camas de las dos literas del cuarto de la entrada. Pienso en el dinero. Tengo que conseguir prestado. Me asomo fuera del cuarto en busca de más amigos y me sorprende un niño gordo e irreverente delante de una mesa lista y preparada para dar servicio de cubas libres; me ofrece y por instinto acepto.

El niño es el huésped de la habitación vecina, su padre trae puesta la camiseta roja de España. Me invita a pasar al cuarto. Hay maletas, una carriola, ropa de mujer regada por todos lados y las plantas artificiales fuera de

los floreros. “¿Le importa si bebo?”, le pregunto alzando gloriosamente el vaso. “No, qué va, así acompaña al niño”. “Pobre creatura, lo han estafado llegando al hotel con dos botellas de ron Xabala por sesenta euros”, me dice el señor y me señala cuatro pompines alineados junto a la televisión. De entre las sombras del baño aparece otro adulto canoso, con unos pequeños lentes negros y una camiseta que dice “España campeón”. Viendo divertido a los tres extranjeros, el barullo que proviene de mi cuarto hace que me acerque a escuchar la conversación. “¿Por qué trajeron a esa chamaca?”, dice hombre de negocios. “No soporto a ese asquerosa mitómana”, remata Joven político. “Te lo dije Mariana, tú vas a ser la que la va a soportar”, dice Paul Green. “Yo por qué, ustedes son sus amigos”. “Yo no soy amigo de ese niña de escasos recursos”, dice Joven político, “primero que pague”. “Que oportunos mis amigos, hablando mal de mí como siempre, justo cuando estoy a punto de pedirles dinero prestado”, me digo.

“Hola, ¿cómo estás?” Joven político escupe al suelo y evitándome la mirada deja que las puntas de su lacio cabello saluden al cielo mientras sale de la habitación dándome un empujón con el hombro. “¡Mis queridos amigos, todos tan exitosos!, ha llegado el momento de hablarles”, pero en eso Mariana me toma del brazo y me lleva hacia la terraza. “Mira, qué hermoso es el hotel, todas las personas importantes están aquí”, me dice. “¿Cómo habrán hecho

los demás para pagar este lujoso hotel todo incluido?”, me pregunto a mí misma. Ya todos mis amigos tienen su pulsera “tome todo lo que pueda”. ¡Cuántos bikinis hay aquí!, las mujeres más hermosas de este hotel son sin duda las novias de mis amigos.

¿Quién podrá prestarme dinero de buena gana? En eso veo a Chimpancé, que me debe veinte mil pesos de nuestro último negocio, lo veo nadar feliz cuando de repente da un brinco de la orilla de la alberca a la otra alberca, que es el mar y que sólo está separada por una discreta barrera y un pequeño acantilado. Se sumerge feliz de la vida; lo espero, lo busco con la mirada pero ya no lo veo salir. Hombre de negocios aparece frente a mí, y como es mi amigo de toda la vida le digo fríamente: “Ya veo como me aprecian y me quieren. Y siendo además tú tan exitoso no tendrías problemas en prestarme tres mil pesos. No sé por qué no traje dinero, cuando me desperté ya estaba en la camioneta que consiguió Mariana”. “Sí, ya sabes, cálmate”, me dice mientras me pasa una deliciosa cuba doble de ron Xabala servida con su cargada mano alcohólica... y los primeros sabores del ron con Coca-Cola me provocan un gran pensamiento..., y llamo a Mariana y a Paul Green, que no están muy lejos. “No tengo dinero, no tengo un quinto y ya sé por qué. No necesito que me presten nada, mugrosos, yo sé que esto es un sueño. Mi dinero está en mi bolso negro al fondo del ropero, en

mi cuarto del departamento cosmopolita que renté en el Centro de Marrakech, en donde ahora estoy dormida, a muchos kilómetros de distancia, tomando unas verdaderas vacaciones”. Me vuelvo para ver a mis amigos que me observan con una sonrisa. Este es el momento en el que me debería de despertar pero eso no sucede. Sigo sin dinero en la terraza del cuarto del hotel. Me fijo bien y todo es a colores, todo tiene sensaciones. Me doy un pellizco y me duele. En el pasillo, frente a la puerta de la habitación, aparece el niño rubio de los españoles gritando “¡hola, hola, hola...!” “Perfecto, entonces nosotros no te conocemos y no sabemos qué haces aquí”, dice el joven político. Los demás no saben si es en serio o una broma, pero le siguen la corriente. Bueno, pienso que me están tratando de dar una lección sobre las responsabilidades de la vida. “¿Entonces ninguno de ustedes me va a prestar dinero?” Nadie contesta. Hombre de negocios se me acerca y me dice: “Yo te regalo una cubita”. “¡cubita de mierda!”, digo. Comienzo a caminar hasta salir del hotel. Afuera me cruzo con el chavito que se encarga de subir y bajar la pluma en el estacionamiento, pero no me regala nada. Ni siquiera se fija en mí. Me estoy yendo..., a la chingada con todos..., adiós a la camioneta de la tía Isaura. Entonces me encuentro a Bombón, que va saliendo en su coche del estacionamiento con rumbo al pueblo. “Hola”, le digo, mientras aprovecho su distraído aire alegre para subirme al coche.

“¿Qué estás haciendo?, ¿no puedes hacer esto?”, me dice al tiempo que yo, acostumbrada a bromear con ella, le veo las piernas y el indiscreto acabado en su pequeño traje de baño, hasta que comienzo a notar los signos de impaciencia. “Cálmate, si no quieres que te vea está bien, pero tienes que entenderme, ya sabes que yo no creo en ese rollo hipócrita de que porque somos primas no”, le digo. Esta vez, en lugar de sonrojarse como le pasaba habitualmente con este tipo de aclaraciones, simplemente se limitó a permanecer en silencio, y muy seria condujo hasta el pueblo. No sé qué camino eligió para llegar, porque en vez de la carretera de los precipicios atravesamos cinco minutos de selva tropical. Llegamos frente a la casa de unos parientes, de los que me entero porque ella me lo dice. “Voy a ver a mis tíos y ya veremos qué pasa”. “Bueno, si te vas a quedar aquí por favor pregúntales si tienen un lugar para mí”. Abro bien los ojos y veo la casa y el pueblo, y me doy cuenta de que estamos en Pochutla, frente a la casa de mi tío Baldomero. Después de un momento regresó Bombón a decirme: “Bájate, lárgate y déjame en paz”. Me bajo del coche y desesperada trato de explicarme. “¡Por favor Bombón, por qué me tratas así, tú nunca te enojas conmigo!, y ya sabes cómo te quiero y lo importante que eres para mí, es más, ¡mira!, aquí siempre traigo tu foto”. “Yo a ti no te conozco”, me dice, pero ya le estoy mostrando mi pasaporte que da fe de mis apellidos y en donde guardo,

entre otros papelillos, su foto. No bien revisa el cuadernillo, frente a sus ojos comienzan a aparecer un montón de fotos de su hermana Ingrid, provocándole un cambio de gestos, de enojada a preocupada. Y con aire de digna sorpresa vuelve a meterse a la casa del tío Baldomero. “¡Papá, esta vieja loca que me está acosando, dice que es mi prima y además trae un montón de fotos de Ingrid!”, grita Bombón. “A ver, déjame ver tu pasaporte”, dice finalmente. Le doy el documento verde que juguetea un momento para después inspeccionarlo colocándolo en la pared de la casa pintada con cal. Entonces el documento se desdobra y se va transformando en un mapa turístico de la Ciudad de Marrakech. “Tonta!”, me dice Bombón sonriéndome como si finalmente me reconociera. En ese momento despierto. Estoy en Marrakech, yo sola, tomando unas verdaderas vacaciones, a muchos kilómetros de casa, con mi bolso negro oculto en el fondo del ropero. Entonces reviento en mil pedazos como un foco al estrellarse contra el piso.

Índice

Denver	5
Vacaciones	8
El otro Bombón	20
El Loco Kiurs	25
Verano	31
Agente libre	38
Despreciable	42
Despreciable	53
Negro amarillo	76
Vacaciones	88


arispero

Extra-vagantes es el primer libro de cuentos del narrador y poeta Enrique Arnaud Blum, donde los personajes crean un universo literario caracterizado por un paisaje absurdo y decadente de la ciudad de Oaxaca. Entre estas líneas habitan poetas, gatos, “princesas del hambre” y mujeres que fantasean con la triste figura de un drogadicto. Sus historias son descritas con la sobriedad del lenguaje cotidiano, y se muestran a seres solitarios buscando desaparecer sus penurias y corazones rotos. ¿Qué encontramos en estos cuentos? Los destellos de una sociedad en declive.

La rareza en estas historias no está determinada por sus circunstancias; son escenarios de una vida normal, hombres y mujeres fumando hierba, algo de crack, líneas de coca y, de fondo, música de Depeche Mode y The Rolling Stones. Lo realmente extraño en estas historias son las buenas intenciones con las que estos personajes intentan escabullirse de este mundo devastado y perverso.

Perla Muñoz